

GFS-140-F

El hogar
(mecnografiado)

E . L H O G A R

Comedia dramática en tres
actos de JUAN CUMELLAS.
Traducida del catalán por
GUILLERMO FERNANDEZ-SHAW.

~~Guillermo Fernández Shaw~~

JUAN CUMELLAS.

PERSONAJES

ISABEL.

LA ABUELA ROSARIO

MARIA DEISA.

JULITA. E L H O G A R

MERCEDES.

ROSA.

MARGOT.

BATISTETA. ACTO PRIMERO.

MOWSA.

ENRIQUE EUREDA.

RAFAEL.

DOS MAGIN.

PEDRO PUIG.

JAVIER.

CHORLITO.

CHOPER.



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

PERSONAJES

- ISABEL.
- LA ABUELA ROSARIO.
- MARIA INESA.
- JULITA.
- MERCEDES.
- ROSA.
- MARGOT.
- BATISTETA.
- MONSA.
- ENRIQUE SUREDA.
- RAFAEL.
- DON MAGIN.
- PEDRO PUIG.
- JAVIER.
- CHORLITO.
- CHOPER.

balancandose ante los arrogantes claveles. Dos ve-
 getitas de al- A C T O P R I M E R O Constituye el
 resto del fondo, una pared rica, engalanada con re-
 tratos y cuadros antiguos. En el centro de ella, un
 retrat Salón en casa de Enrique Sureda y Pujol, rico
 hacendado del término de "Salto de Cebra". La casa
 solariega de la familia Sureda data de mediados del
 siglo XVII; pero fué, no ha mucho, reconstruida por
 Felipe Sureda, abuelo del heredero de hoy. El recar-
 gado gusto arquitectónico de aquella centuria parece
 como sepultado bajo una capa de su mismo polvo. La
 estancia está resuelta con arreglo a los siguien-
 tes términos: por dos escalones de piedra picada: co-
 Al fondo, puerta a la izquierda, formando ángu-
 lo, y amplio mirador con vidrieras de colores. Hoy,
 como la acción comienza en plena primavera, el mira-
 dor se halla abierto de par en par, dejando ver la
 llanura del "Salto de Cebra", dorada por el sol de
 Mayo. El cielo es azul; de un azul tan puro y tan
 limpio, que parece que lo acaban de pintar de nue-
 vo. Dos o tres cestos muestran orgullosos sus clave-
 llinas en flor. Un rosal trepa por el ventanal; y
 sus rosas, -como campanillas de olor,- coquetean

balanceándose ante los arrogantes claveles. Dos butaquitas de mimbre invitan al reposo. Constituye el resto del fondo, una pared lisa, engalanada con retratos y cuadros antiguos. En el centro de ella, un retrato al óleo de Enrique Sureda, alma de este bendito hogar. Bajo el retrato, un piano de caoba, que era muy bueno cuando se compró, pero que hoy apenas sirve ni para ser tocado por manos expertas. Sobre el piano, los imprescindibles candelabros con velas de color. Entre ambos, una figurilla de mármol.

Entre la pared del fondo y el lateral derecha, -haciendo ángulo,- amplia portalada, a la que se asciende por dos escalones de piedra picada: comunica a los dormitorios de la Abuela y del matrimonio Sureda. A continuación de la puerta, un alto y artístico reloj de caja y una venerable arca de novia; sobre ésta, dos ~~sillas~~^{cañiles} muy clásicos y muy relucientes. En primer término de este lateral derecho, una puerta que conduce a otras habitaciones.

En el lado izquierdo, la característica chimenea, con su hogar. Decoran su campana platos de loza y diversos animalillos de porcelana. Ahora el hogar está apagado; sin embargo, sigue pare-

ciendo la boca bienhechora que, con súbito, convida a los moradores de esta casa al grato reposo. A uno de sus costados, tres o cuatro escalones que conducen a un corredor y, desde él, a la solana de la Masía.

BATIS.- Colgados al otro lado de la chimenea, un calendario, un zurrón y una escopeta de caza.

BATIS.- No se ha de ver ni un palmo de pared desnuda; ya que, como queda dicho, toda la estancia se halla decorada con cuadros y retratos. (Se sienta)

BATIS.- Sillas isabelinas, distribuidas convenientemente. Una mesita, en el centro. Del techo pende una araña de caoba.

La acción se desenvuelve al caer la tarde de un domingo del mes de mayo.

BATIS.- ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

(Al levantarse el telón, BATISTETA, canturrea... y desafina. Por el fondo llega CHORLITO, joven de unos 23 años, alto y forzudo. Entra de puntillas y va rompiendo unos papeles, cuyos trozos tira aquí y allá. Después, se aproxima a la moza y la asusta con un grito estridente. (Faltaba decir que Batisteta es una recia muchacha de unos 18 años.

CHORLITO.- ¡Uuuuuu!...

BATISTETA.- ¡Ay! (Viéndole) ¡Fuera de aquí! Ya sabes

que la señora no quiere verte en la sala.
¡Vete ya, zángano!

CHORLI.- No quiero irme. ¡Ni hablar! Me gusta mucho

verte limpiar los muebles. ¡Eres tan hacen-

dosa, Batisteta!...

BATIS.- ¡Y tú tan gandul, Chorlito!

CHORLI.- Verás. Soy un hombre... (con el bastón)

BATIS.- ¡Un haragán!...

CHORLI.- Es que... cuando los demás trabajan, parece que uno descansa mejor. (Se sienta)

BATIS.- ¡Muy bonito! (Fijándose en los papeles es-
parcidos por el suelo.

¡Oh!... ¿Quién tiró estos papeles? ¿Has sido tú?

CHORLI.- (Jocosamente) Trabaja, trabaja...

BATIS.- ¿Yo? ¡Te los haré coger a la fuerza! (Empujándole) ¡Con los dientes!

ABUELA.- (Chorlito se levanta)

CHORLI.- Prueba a ver, si puedes. (Huye de ella)

BATIS.- Eres un Chorlito, de cabeza y de nombre.

BATIS.- (Por la derecha llega la ABUELA ROSARIO.)

ABUELA.- Pero, ¿qué es ésto? ¿A qué estas carreras?

(A Chorlito) ¿No me oyes? ¿Qué hacías aquí?

BATISTE.- (Avanza) ¿No te tengo dicho que no quiero verte en la sala? ¡Mira cómo has puesto el suelo con tus pisadas!

BATISTE.- (Apurada) Ya se lo decía yo... Pero él...

ABUELA.- Sí; ya se lo decías tú. Pero, cuando no le tienes junto a ti, le llamas.

(Amenazándola con el bastón)

¡Hale!, ¡Fuera! Si vuelvo a encontrarte aquí, haré que duermas en el corral. ¡Ya verás tú!

CHORLI.- No, señora. ¡Eso sí que no! Primero, ^{traíle}

(Y procurando no pisar apenas las antepasadas baldosas, hace matís por el fondo.

(Pero presentemos a la Abuela Rosa-

rio. Esta venerable señora es la tradición viviente de la familia

(De sus Sureña. Se conserva aún fuerte, a

(pesar de sus 82 años, y sólo se

(apoya en una muletilla de mano.

(ama el hogar de sus antepasados y

(lo considera como arca santa. Se

(fija ahora en los trozos de papel.

ABUELA.- ¿Todavía no has barrido?

BATISTE.- Sí... Sí, señora.

ABUELA.- ¿Y esos papeles?

BATISTE.- ¿Qué papeles? ¿Qué haya? ¡Polvo!... ¡Polvo!

ABUELA.- (Remedándola) ¿Qué papeles?... ¿Cuales van a ser? ¡Esos!

BATIST.- ¡Anda! Pues, es verdad... No los había visto. (Los recoge apresuradamente)

ABUELA.- ¡Bueno! Ya está bien. Así, así... ¡Así me gusta! (La moza respira) Ya sabes, Batisteta, que esto de la limpieza es para mí una manía. (La criada dice que "sí" con la cabeza, un poco exageradamente.)

MERCEDES.- Dios...
JULITA.- Un poco de polvo me exaspera; cualquier mancha me pone a morir... Sabes que nada quiere tanto como estos muebles que me vieron nacer y que son... como algo de mí misma; como si aún guardasen algo del alma de mis antepasados.

BATIST.- (Que no acaba de entender)

ABUELA.- ¿De sus... qué?

ABUELA.- De mis... ¡Serás tonta!...

(Batisteta dice que sí con la cabeza, como antes. La Abuela pasa la mano por la caja del reloj y lanza un grito.)

JULITA.- ¡Jesús! Ya me extrañaba a mí... ¡Mira!

BATIST.- (Rápida) ¿Qué hay?

ABUELA.- ¿Qué quieres que haya? ¡Polvo!... ¡Polvo!...
(La moza corre a limpiar el reloj)

JULITA.- ¡Cochina! ¡Zafia! ¿Qué harás cuando te cu-

ABUELA.- ¿Y nadie te vigile? ¡Contesta! ¡Llore.

ABUELA.- ¡Ha va! (Batisteta se encoge de hombros)

BATIST.- ¡Y comerás el pan mezclado con telas de araña!... (La muchacha llora. Aparecen las hermanas, gemelas entre sí, a privar de Enrique Sureda: MERCEDES y JULITA.)

MERCEDES.- Dios la guarde, Abuela! (corredor de la derecha.)

JULITA.- Dios la guarde.

ABUELA.- ¿Venís de rosario?

MERCEDES.- Sí. Hoy el Padre Llorens ha estado magnífico. ¿Verdad, Julita?

ABUELA.- Poco a poco. Yo no atemorizo a nadie. Pero a mi lado, hay que obrar derecho. ¡Pobre de

JULITA.- Verdad, Mercedes.

esta casa si todas las mujeres fuesen como vosotras! (Las dos, al mismo tiempo y con el mismo ritmo, se quitan y doblan sus mantos.)

LAS DOS.- ¿Como nosotras?

ABUELA.- ¿De qué ha hablado?

ABUELA.- ¿Como vosotras! ¡Un qué pasáis las 24 ho-

MERCEDES.- ¡Oh!... De... (Los sollozos ahogados de Batisteta, y (ta la interrumpen.)

JULITA.- ¿Qué tienes, Batisteta?

JULITA.- ¿Lloras?

BATIST.- ¿Yo? No, señora. Una servidora no llora.

Habrá sido el polvo... ¿Sabe usted? Se me te por la nariz; y por los ojos. (Ver-

JULITA.- Pero esos suspiros...

ABUELA.- ¡Dejadla ya! Si quiere llorar, que lllore.

ABUELA.- ¡Ya va teniendo edad! ¡Hala que hala! Pues

BATIS.- ¡Sí, señora! La señora tiene razón. Si quiero llorar... ¡pues, eso!... ¡por qué me voy a privar de ese gusto? ¡Eso es!... ¡recuer-

... (Y llorando, cada vez más fuerte,
(hace mutis por el corredor de la
(derecha, e los cuadros con la ni-

MERCE.- ¡Ay, Abuela! Tiene usted asustada a esta
El tío Florencio... Ser Satividad, la santa
criatura.

ABUELA.- Poco a poco. Yo no atemorizo a nadie. Pero,
(Sarc) Este sí que era... ¡Padre de Dios!
a mi lado, hay que obrar derecho. ¡Pobre de

MERCE.- Muy festera, ¿verdad?
esta casa si todas las mujeres fuesen como

ABUELA.- ¡Un badalque! El diablo vagabundo de la fe-
vosotras!

LAS DOS.- ¿Como nosotras?
... Se gana

ABUELA.- ¡Como vosotras! ¿En qué pasáis las 24 ho-
ras del día? Diez, durmiendo; diez, ^{pareando} ~~pa-~~
~~reando~~ al lavar. ¡Hala sí que era un gran
trabajo! (Se sientan. Las dos hermanas si-

JULITA.- ¡Oh! Exagera usted un poco. "heredero": de
Felipe Carada.

MERCE.- ¡Un mucho!

JULITA.- No creíamos que hubiese necesidad de estar,
cuantas para de respeto?
como usted, a todas horas, "hala que hala"

MERCE.- Se parece mucho a nuestro hermano,
con las cosas de la casa. (A Mercedes) ¿Ver-

ABUELA.- ¡Como él, tenía un corazón de ángel.
dad?

MERCE.- Verdad. *(Señalando a ella el porta señorial que an-*

ABUELA.- ¡Esta sí que es buena! ¡Hala que hala! Pues
... ¡yo sí que lo estoy! Que, cuanto más se
quiere una casa, más hay que cuidarla. Y
esta sala, ¡guarda para mí tantos recuer-

des!... A casi todos esos los he conocido.
(Siguiendo los cuadros con la mi-
rada.
habida quiere que nice abierta...
El tío Florencio... Sor Natividad, la santa
de la comarca... El otro tío... Este...

MERCE.- *(Sonríe)* Este sí que era... ¡Madre de Dios!
ABUELA.- *(Señalando a ella)*

MERCE.- Muy festero, ¿verdad?

ABUELA.- ¡Un badulaque! El único vagabundo de la fa-
milia. Pero, ¡tan simpático!... Se ganaba
los corazones. Dios le haya perdonado. Era
el ^{heren} ~~heren~~ de los hermanos y no se parecía
nada al mayor. ¡Este sí que era un gran

MERCE.- *(Se sientan. Las dos hermanas mi-*
JULITA.- *(ran el retrato del "heredero": de*
ABUELA.- *(Felipe Sureda.*

JULITA.- A mí me habría asustado un poco. ¿No le en-
cuentras cara de respeto?

MERCE.- Se parece mucho a nuestro hermano.

ABUELA.- Y, como 'él, tenía un corazón de ángel.
ella vivía para la casa. La restauró, res-

- tituyendo a ella el porte señorial que hantaño tuvo. ¡El gran Felipe Sureda!... Yo no lo sé decir muchas veces que no quería un hogar que fuese una cripta, sino una masía abierta de par en par, de cara al sol. Hoy, mi nieto, es su imagen y semejanza. Como él, ama la casa con todo respeto, con toda veneración. También quiere que siga abierta... como quiere abiertos los corazones.
- MERCE.- Nuestro hermano es un santo.
- JULITA.- Toda la comarca le adora, ¿quién?
- ABUELA.- Para mí, el mundo se reduce a esta Masía.
- JULITA.- Me concentro en mí misma; y recuerdo, ¡recuerdo!... Mi padre me decía que leyendo la Historia es como mejor se aprende a querer a la patria. ¿Viste?
- MERCE.- Muy bien, abuela. ¡Verdad, Julita?
- JULITA.- Tú lo has dicho, Mercedes. Muy bien.
- ABUELA.- ¡Ay, hijas! Me crispáis, a con repetir vuestros nombres a cada instante. ¡Sois tan relamidas que llegáis a empalagar! Se os conoce más por "las Ceremoniosas", que por "las Mellizas" de los Sureda. no me gusta

(Por el fondo llega BATISTETA.)

BATISTETA.- Abajo está el señor secretario, que proponer su voluntad! gunta si ha venido el doctor.

JULITA.- ¿Don Rafael? Todavía, no.

MERCE.- Una gran energía.

MERCE.- ¿Quería algo?

BATIS.- No sé... Me ha dicho que, en todo caso,

JULITA.- Isabel que, mira si ha conocido médicos en le digan que se pase por casa del señor Barcelona, dice que muy pocos le igualan. Alcalde; que quiere verle en seguida.

ABUELA.- Si yo soy la primera en creerle un talento-

JULITA.- Dile que así lo haremos. xol! Pero ¿qué queréis? ¡Esa adoración que

(Batisteta se va)

ABUELA.- ¿Cómo vienen a buscarle aquí?

MERCE.- Pero, ¡Abuela! ¡Si se porta como un Nerma-

MERCE.- Como aquí está siempre...

JULITA.- ¡Tan amigo de nuestro hermano!...

JULITA.- ¡Si hasta nos visita gratis!

ABUELA.- ¡Bien que lo sé!

ABUELA.- ¡Pues a él no se visitará nunca! Cuando es-

JULITA.- Se comprende.

MERCE.- Enriquer le debe la vida. té mala, si alguna vez lo entoy, que venga

JULITA.- ¡Se portó tan bien con él!...

JULITA.- ¡Siendo! ¡Oh! ¡El pobre señor Solar!

MERCE.- Muy bien.

MERCE.- ¡Riendo también! ¡Pero, si apenas ve!

JULITA.- Si no hubiess sido por don Rafael, ¿que

ABUELA.- Mejor. Me gusta un médico ciego y viejo, sería hoy de Enrique?

MERCE.- ¡Eso! ¿Qué sería?

ABUELA.- No; si lo reconozco... y hasta lo agra-

dezco. Pero, con franqueza, no me gusta

¿dónde van tú? (El chico se detiene)

No te temas dicho que no quiero verte por

la sala?

su carácter: demasiado exaltado. ¡Ha de imponer su voluntad!

CHORLITO.- Es que... un servidor... iba a la azotea, a recoger las ropas del abo.

MERCE.- ¡Todo un temperamento!

ABUELA.- ¿Ea también hoy de cacería?

JULITA.- Una gran energía.

CHORLITO.- No, señora; pero el abo quiere que se las

MERCE.- ¡Y una eminencia!

repasen... y que se aliven para que no se

JULITA.- Isabel que, -mira si ha conocido médicos en

Barcelona, - dice que muy pocos le igualan.

ABUELA.- ¿Por la sala tienes que pasar?

ABUELA.- Si yo soy la primera en creerle un talenta-

do que la señora diga, es lo derecho.

CHORLITO.- ¿Pero qué queréis? ¡Esa adoración que

dejéis pasar.

todos le tienes!...

JULITA.- ¡Pobre! No lo entretenga...

MERCE.- Pero, ¡Abuela! ¡Si se porta como un herma-

no!...

¡que mira cómo las truce de fango!...

JULITA.- ¡Si hasta nos visita gratis!

CHORLITO.- Es que... un servidor ~~de~~ de la muerte.

ABUELA.- ¡Pues a mí no me visitará nunca! Cuando e-

sté mala, si alguna vez lo estoy, que venga

CHORLITO.- Sí, señora. (Chorlito se descalza, y cruza el pobre señor Soler, llevando una alpergata

en cada mano. Hace ruidos por la

JULITA.- (Riendo) ¡Oh! ¡El pobre señor Soler! (La

Abuela dice, moviendo la cabe-

MERCE.- (Riendo también) ¡Pero, si apenas ve!

ABUELA.- Mejor. Me gusta un médico ciego y viejo.

(Aparece por el fondo CHORLITO, ser-

viendo a la Abuela, al ver que va a entrar,

le grita: que van peinadas y ves-

tidas lo mismo. Se parecen tanto

¡Adónde vas tú? (El chico se detiene)

(Las confusións. Su alivio y su

la sala? de llegar el médico DON RAFAEL

CHORLITO.--Es que... un servidor... iba a la azotea,

ABUELA.-- a recoger las ropas del amo. (llegados)

ABUELA.-- ¿Va también hoy de cacería? la buscaba al

CHORLI.-- No, señora; pero el amo quiere que se las

ABUELA.-- repasen... y que se aireen para que no se

CHORLI.-- piquen. (el señor Alcalde se buscaba; se-)

ABUELA.-- Y, ¿por la sala tienes que pasar?

CHORLI.-- Lo que la señora diga. Es lo derecho.

MERCE.-- Déjele pasar. (Buenas tardes, se-)

JULITA.-- ¡Pobre! No le entretenga... Doctor.

ABUELA.-- Pasa. Pero antes quitate las alpargatas,

CHORLI.-- ¡que mira como las traes de fango!...

CHORLI.-- Es que... un servidor ^{vuelve} ~~vengo~~ de la huerta.

ABUELA.-- ~~¡Siempre vienes id de la huerta!~~
(La señora cae de vuelta.)

CHORLI.-- Sí, señora. (Chorlito se descalza, y cruza

RAFAEL.-- Y... (la sala, llevando una alpargata

(en cada mano. Hace mutis por la

(puertecita de la izquierda. La

ABUELA.-- (Abuela dice, moviendo la cabe-

ABUELA.-- ¡Mira que es negado este chico!...

LAS DOS.-- Ya lo (Conviene puntualizar que "las Cere-

RAFAEL.-- Gracias. (de 35 años, que van peinadas y ves-

ABUELA.-- Si lo (que, quien no las conociera bien,

(las confundiría. Su atavío y su

(do llegan el médico "DON RAFAEL"
(y el Alcalde DON PEDRO PUIG y QUE-
da rojo)
(ALTO.)

ABUELA.- Usted (Al ver a los recién llegados)

PUIG.- ¡¡Esta sí que es buena! ¿No le buscaba el
señor Alcalde?

RAFAEL.- Guárdela Dios, mi señora Doña Rosario. Efec-
tivamente, el señor Alcalde me buscaba; pe-
ro... de corrientes de siglo; toda distin-

PUIG.- Le encontré en el camino. Buenas tardes.

CEREMONIOSAS.- (Al mismo tiempo) Buenas tardes, se-
ñor Alcalde. Buenas tardes, Doctor.

ABUELA.- Pero... ¿no quería el señor Alcalde que...?

PUIG.- Sí, doña Rosario. En efecto, quería que me
viniese a ver a casa; pero la casualidad
ha hecho que nos encontrásemos frente al
Mas Rojals, y...

RAFAEL.- Y, por abreviar, le rogué que subiese aquí
un momento. ¿Me perdonan, verdad?

BEBECE.- ¡Por Dios, Doctor!

JULITA.- Esta es su casa.

LAS DOS.- Ya lo sabe el Doctor.

RAFAEL.- Gracias. Gracias.

ABUELA.- Si lo desean, pueden pasar al despacho de

- Enrique. (Con cierta ironía) Puede que es-
tados sabemos, que la abuela del Mas Sureda
tén mejor.
se desvive por la limpieza de su casa.
- RAFAEL.- Usted nos confunde, doña Rosario.
- ABUELA.- ¡Santa palabra! Por la limpieza de su casa.
- FUIG.- ¡Oh! ¡La venerable abuela del Mas Sureda
al señor. Pero hay veces que te encuentras
es toda una gran señora!
con una clase tal de porquería, que es in-
(Con tono declamatorio)
til por sus que cosas.
- Es una estampa viva de aquellas ilustres
damas de comienzos de siglo: toda distin-
ción, refinamiento y... etcétera, etcétera.
- JULITA.- ¿Ya me entiende usted, ¿verdad? hablar...
- ABUELA.- ~~Mejor~~ callar. Ya lo creo, ~~que le compren-~~
~~do.~~ Pasé de los ochenta inviernos: ¡figúre-
- FUIG.- ~~se!~~ (Ya que, en el suelo, queda toda-
via un trocito de papel. Y, natu-
ralmente, se enfada.)
- RAFAEL.- ~~Mejor~~ ~~callar~~ ~~mejor~~ ~~callar~~ ~~mejor~~ ~~callar~~
- FUIG.- ¡Pero, hijas!... ¿Todavía pedacitos por el
suelo? Por más que una vigila...
- RAFAEL.- ~~Mejor~~ ~~callar~~ ~~mejor~~ ~~callar~~ ~~mejor~~ ~~callar~~
- FUIG.- Eso, sí. (Don Rafael se apresura a recoger-
lo.)
- RAFAEL.- Por favor...
(Se han quedado solos Rafael y Doña
Rosario Fuig y Gu-ralló. El primero
es un hombre de unos 35 años, de
(Lo arroja al jardín) y temperamen-
to bastante, pero en un instante
¡Ya está! de la adoración al odio. Los per-
turbos dominan su voluntad Fuig es
(Las Cereemonias se ~~van~~ ^{son bien} ~~van~~ ^{son bien} ~~van~~ ^{son bien}
(tisfechas. vida de sido llegar a
calde. Tiene 35 años, bien ille-
- ABUELA.- ¡Vaya!... Bien... ¡Eso está bien!

- RAFAEL.- Pero... ¿lo que viene a ser?
- RAFAEL.- Todos sabemos que la Abuela del Mas Sureda se desvive por la limpieza de su casa.
- PUIG.- ¿Ah, sí? ¡Tiene razón!
- RAFAEL.- No lo esperaba. Creí que tardaría más en salir.
- ABUELA.- ¡Santa palabra! Por la limpieza de su casa, sí señor. Pero hay veces que te encuentras Pues ya tardará. Nos ha sorprendido a to- cen una clase tal de porquería, que es inútil por más que hagas.
- RAFAEL.- Venga como venga. No me hará esperar. Lo que entonces (Se va por la puerta del primer término) dérecha. a hacer ahora.
- MERCE.- Nosotras también les dejamos deber. Lo heaco
- JULITA.- Porque, por lo visto, tienen que hablar...
- RAFAEL.- Un poco, a que soy del pueblo. ¡Oh, cuántos
- LAS DOS.- Pues... hasta luego. (Siguen a la Abuela)
- PUIG.- ¿Qual de las dos ha hablado? ¿quiere? Tie-
- RAFAEL.- ~~Una de las dos.~~ Ninguna de las dos como ninguna?
- PUIG.- ¿Cómo una? No puede ser, como usted, queri-
- RAFAEL.- ~~Pues...~~ Sino... las dos a un tiempo. a ladrocaso-
- PUIG.- Eso, sí. ¡Son un caso estas mellizas!

(Se han quedado solos Rafael y Don Pedro Puig y Queraltó. El primero es un hombre de unos 35 años, de aspecto distinguido y temperamen- to exaltado. Pasa en un santiamén de la adoración al odio. Los ner- vicos dominan su voluntad. Puig es un buen hombre; la satisfacción ma- yor de su vida ha sido llegar a alcalde. Tiene 55 años, bien lle- vados.

RAFAEL.- Pero... a lo que viniera... el lazo! sí!

PUIG.- ¡Ah, sí! Tiene razón. hora, claro, no per-

RAFAEL.- No le esperaba. Creí que tardaría más en

RAFAEL.- Salir. mal sujeto.

PUIG.- Pues ya terminó. Nos ha sorprendido a to-

dos: ¡con las infulas que viene el mozo!

RAFAEL.- Venga como venga. No me hará cejar!... Lo que

entonces hice, lo volvería a hacer ahora.

PUIG.- ¡Muy bien! Cumplirá usted su deber, lo hemos

dicho todos; sobre todo yo, como suprema

autoridad que soy del pueblo. ¡Oh, cuántos

caminos se allanarían si todos los vecinos

fuesen como usted! Pero, ¿qué quiere? Tie-

nen la vida segurita y no quieren complicar-

sela. Faltaba un ojeador como usted, queri-

do Doctor, para descubrir los ladrones

los del término.

Gracias. (Una pausa) El que tendría un dis-

gusto se (dido un pitillo y da unos pasos,

Doctor; (sigue perorando: el tono de su voz

ocurre (la Corporación Municipal quiere;

Este mozo Rufart es un camorrista, ¡bien

que lo sabemos! Nunca está quieto en un tiem-

po ni ha narado en barras ante nada;



pero... ¡imposible echarle el lazo! siempre se escurría. Y, ahora, claro, no perdona. Los pobres!

RAFAEL.- Es un mal sujeto.

PUIG.- (Adoptando un aire misterioso)

Yo... no quiero asustarle; pero me temo que sepa alguna cosa. Esta buena pieza no se cansa de decir que le va a cantar las cuarenta. Yo... ya avisé a la pareja; porque, de un camorrista como él, todo hay que temerlo. ¡Oh! ¡Oh!... No lo dude usted; ¡ya lo creo! Y perdone... ¿Un cigarrillo?

(Rafael se lo da. Puig busca en sus bolsillos.)

Vaya!
~~Fuma usted.~~ No tengo lumbré.

Muy bien (El Doctor, sin despegar los labios enciende con su encendedor el pitillo del Alcalde.)

Gracias. (Una pausa) El que tendría un disgusto sería don Enrique. Le quiere mucho, Doctor; y por nada del mundo querría que le ocurriese algo. Y usted también le quiere; que no fué sólo por su ciencia, sino por su abnegado sacrificio, por lo que hoy tiene...
amo esta Masía. (Fuma) ¡Qué corazón el de



Enrique! No tiene un enemigo a veinte lie-
guas a la redonda. ¡Siempre, un padrazo
para los pobres!

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

que la (Al Médico le mortifica la perorata-
(del Alcalde; pero se contiene y di-
rrequia (con una sonrisa forzada: yo, co-

RAFAEL.- ¡Gran persona, el amigo Sureda! ...
vota do: (Entran por el fondo ISABEL y MONSA.

ISABEL.- ¡Oh, señor Alcalde! ¡Tanto honor en verle.

RAFAEL.- por casa! lo perdará? Yo, por aquí, no veo

PUIG.- (Todo azorado) Sólo un instante, señora mía.

ISABEL.- Encontré al amigo Rafael, y nos hemos acom-
pañado respectivamente. Y, charlando, char-
lando... los pasos nos han traído a la Ma-
sía. (Se estira los puños, satisfecho
(de haber salido de su compromiso.

MONSA.- ¿Manda algo más?
ISABEL.- Muy bien venidos. Llévate ésto a mi cuarto,

MONSA. (Por la mantilla, que se ha quitado)

MONSA.- Sí, señora. derecha.

PUIG.- Aprovech (Se va por la puerta grande de la
(derecha,

PUIG.- De la Iglesia, ¿verdad?

ISABEL.- Sí; Apadrino el nuevo pendón de la Parro-
quia, que, como usted sabe, daba grima ver-

ISABEL.- lo. Y, como este año la Cofradía, a pesar

de mi oposición, ha querido que lo llevase yo... he aquí el por qué...

PUIG.- ¡Y han acertado, sí señora! ¿Quién mejor que la esposa de Don Enrique Sureda? La parroquia tendrá un recuerdo suyo; y yo, como Alcalde, haré que conste en acta su devota donación.

ISABEL.- ¡Oh! No, por Dios. ¡Si no vale la pena!

RAFAEL.- ¿Y quien lo bordará? Yo, por aquí, no veo a nadie capaz de...

ISABEL.- Iré a Barcelona; y se lo encomendaré a las Madres del Sagrado Corazón, que tienen unas manos de plata.

RAFAEL.- ¿Por qué? (Vuelve MONSA).

MONSA.- ¿Manda algo más?

ISABEL.- Nada más, Monsa. Gracias.
(La doncellita se va por la primera derecha.)

PUIG.- Aprovecharé los últimos rayos de sol para llegarme a ver al Secretario. Diga al

RAFAEL.- amigo Sureda que, como todos los domingos,

ISABEL.- vendré ~~al caer la tarde~~ a la partida de tresillo

ISABEL.- Con mucho gusto, señor Puig.

RAFAEL.- Enrique...

vulgar. Es hombre de buena presencia, ca-
(Cereñoniosamente, el Alcalde sa-
ritativo) luda y se va por el fondo. Quedan

ISABEL.- (Pasando) (solos Isabel y el Doctor. Doña Isa-
bel, -como la llaman con admiración

RAFAEL.- Que te qu (los vecinos de la comarca, - es una
hermosa mujer de 30 años. Sus ca-

ISABEL.- ¡Tú qué (bellos son negros y brillantes,
y se los peina con raya enmedio;

RAFAEL.- Lo dice (su piel morena, satinada; y sus
ojos, gruesos y sensuales. De fina

ISABEL.- Enrique (de sí misma, halla estrecha la
prisión de su casa", como la llama

ambicion (ella. Sueña con volar; pero este
anhelo no sale de su boca. Viste

RAFAEL.- Ya es al (elegante; con cierta origina-
lidad que contrasta con el severo

ISABEL.- ¿Algo? (aspecto de la casa. Al comenzar la
escena, coge las flores que hay en

RAFAEL.- ¿Algo? (un jarrón, sobre el arca, y las
arroja por el mirador, mientras -
que murmura:

denada en esta pr *Pero otra vez!*, cuando
Estas flores... ¡~~qué vos será!~~

RAFAEL.- ¿Por qué las tiras? (mis indios se espalan a volar... ¡a volar
lejos!

ISABEL.- Porque son de ella; de es^a sentimental.
(Se le acerca) Ya volarás cuando quieras.

RAFAEL.- María Luisa. Ya hace días que trae flo-
(Ella le alarga la mano, que él

res todas las mañanas.

RAFAEL.- ¿Y crees que son por...? Siempre viví rece-
davan, en un pensionado, el del

ISABEL.- No lo sé.

RAFAEL.- ¿Tienes celos? ~~con ella lo dicen. Lu-~~

ISABEL.- ¿De él?... ¡Bah! Serían tal para cual.
yo la ll. (Breve pausa) ra francesa. Sies-

RAFAEL.- Tu buen marido... mejor dicho: tu "pobre",
Enrique", como tú le llamas, no es un ser

Enrique", como tú le llamas, no es un ser

vulgar. Es hombre de buena presencia, ca-
y no se dejaba salir sola. Seguiré ella, al
ritativo...

ISABEL.- (Paseando por la escena) ¡Y eso es todo?

RAFAEL.- Que te quiere con locura.

ISABEL.- ¡Tú qué sabes!

RAFAEL.- Lo dice él. (Isabel calla. Pasea de nuevo.
No recuerda) (y dice con voz fatigada:

ISABEL.- Enrique no es el marido apasionado que yo
ambicionaba, sino un pobre romántico ena-
morado. (Rafael la mira y sonríe)

RAFAEL.- Ya es algo. no pasa la vida.

ISABEL.- ¿Algo? ¡Pobre de mí! (Se sienta) Vivo enca-
denada en esta prisión del hogar, cuando

RAFAEL.- Lo te recuerdo la vida, Isabel. ¿Crees que
mis ansias me empujan a volar... ¡a volar
si no fuese por él, yo me quedaría en este
lejos!.

RAFAEL.- (Se le acerca) Ya volarás cuando quieras.

ISABEL.- (Ella le alarga la mano, que él
tú crees) (besa.

ISABEL.- Comprende mis anhelos... Siempre viví rece-
losa: de joven, en un pensionado, el del
Sagrado Corazón, ~~como ahora le dicen~~. Lue-

ISABEL.- ¿Qué dices, Rafael? Meo exaltado por tempo-
go, ya mayor, en casa de mi "tanta", como
rasado. Tienes que dominar los nervios,
yo la llamaba porque era francesa. Siem-
pre me quería a su lado, pegada a espunte,

RAFAEL.- ¡Pero ansioso de una vez! (Huye con sigilo)

RAFAEL.- y no me dejaba salir sola. Según ella, mi
padre, -Dios le tenga en Gloria+ fué un
gran amigo de Enrique Sureda y, al morir,
le encomendó que procurara hacerme su mu-
jer. Sabía que Enrique me adoraba... ¡Bah!
Ni recordarlo quiero. Tenía yo 25 años,
con una voluntad de niña de 15. Y, de gol-
pe y porrazo, me encontré dentro de este
arca atiborrada de recuerdos, por la que
parece que no pasa la vida.

(Rafael, de pie y a sus espaldas,
(acaricia y besa sus cabellos.

RAFAEL.- Yo te recuerdo la vida, Isabel. ¿Crees que,
si no fuese por ti, yo me quedaría en este
pueblo?

ISABEL.- Lo sé... y te lo agradezco. Más de lo que
tú crees.

RAFAEL.- Pero a veces eres un poco arisca.

(Va a darle un beso. Ella lo esqui-
(va.

ISABEL.- ¡Cuidado, Rafael! Eres exaltado por tempe-
ramento. Tienes que dominar los nervios,
saber fingir... Figúrate qué pasaría si...

RAFAEL.- ¡Pues acabemos de una vez! ¡Huye conmigo!

ISABEL.- No puede ser, importancia, don Rafael. So-

RAFAEL.- ¿No dices que...?

ISABEL.- Te quiero. Sí... Lo sabes. Pero huir con un amigo de la casa siempre me pareció ridículo. Es una doble humillación.

(Ha dicho esto riéndose)

RAFAEL.- ¿Te ríes?

ISABEL.- Las cosas hay que hacerlas con elegancia.

RAFAEL.- Aparece por el mirador DON MAGÍN, (un hombre flaco y cenceño. No pasa de los 70 años y aparenta 85. Vis- te de oscuro... y siempre va lleno de lámparas. No hay que decir que es el boticario del pueblo. Muy atento y servicial, cubre su cabeza con una boina francesa. Siempre, en invierno como en verano, lleva una bufanda, un poco deshilachada por el tiempo.

MAGÍN.- ¿Se puede pasar?

ISABEL.- Adelante, Don Magín.

RAFAEL.- ¿Cómo va, mi querido colega?

MAGÍN.- Boticario no más, don Rafael; boticario. ¡Demasiado honor!... Traía esta pomadita para la Abuela Rosario, que me la encargó hace días y no había tenido ocasión de preparársela.

RAFAEL.- ¿Qué es?

MAGIN.- ¡Oh! No tiene importancia, don Rafael. Sólo

MAGIN.- lo belladona? ha dicho? Pues me ha dicho

que... (Silba un poco cuando habla, por-
que no conserva en la boca ni un
diente.)

MAGIN.- Ya sabe, Don Rafael, que a la Abuela sólo

MAGIN.- le gustan los potingues antiguos... ¡Y qué
ha de hacer un hombre, sino servir a quien
bien le paga? ¿quiere, Don Rafael; y la quiere

RAFAEL.- Pero si está muy bien, don Magín. Como sabe

ISABEL.- Voy a decirle que está usted aquí.

MAGIN.- Gracias, doña Isabel. Mil gracias.

San Juan (Isabel hace mutis bajo el arco
de la derecha.

¡Caramba, qué señora más señora es la se-
ñora doña Isabel!. La flor que faltaba en
el vergel de los Sureda. Embalsama el aire
cuando pasa; ¿no encuentra usted, don Ra-
fael? Sí; desde luego... Embalsama el aire.
Dios la guarde, por la felicidad y el bie-
nestar de esta casa. (Pausa breve) He encon-
trado al etcétera. Me ha etcétera.

RAFAEL.- ¿Quién es el etcétera?

MAGIN.- ¡El Alcalde, hombre!

RAFAEL.- ¡Ah, sí!

MAGIN.- ¿Sabes qué me ha dicho? Pues me ha dicho

MAGIN.- que...

RAFAEL.- Lo sé. Que ese mozo Rufart está en el pueblo y viene con malas intenciones.

MAGIN.- ¡Eso mismo! Es un atrevido el tal mozo.

RAFAEL.- No permita Dios que le pase a usted nada.

RAFAEL.- Porque yo le quiero, Don Rafael; y le quiero

MAGIN.- porque le quiere Enrique Sureda. Como sabe

RAFAEL.- usted, yo fui amigo de su padre, Dios le

MAGIN.- tenga en gloria. Y en mi pueblo, allá en

San Juan del Eura, ya había oído contar

las excelencias de su abuelo... el vene-

rable Felipe Sureda, patriarca de este san-

to hogar. El nieto la recuerda en todo. Se-

gún dicen, era alto y forzado, como lo es

Enrique. Y también, como él, ^{un} ~~es~~ santo va-

rón. (Por el retrato) ¿Verdad que se le da

un aire? Lo dice el refrán: "Quien a los

suyos parece..." (Con gran respeto) ¡No!

MAGIN.- ¡No ha muerto el viejo Sureda! Que pervi-

ve en el nieto.

JULITA.- Como quisiera. Yo en todas partes estoy bien.

- MERCE.- Entonces ^(Por la primera derecha vuelve MONSA.)
JULITA.- Subamos. ^(SA.)
MONSA.- Don Magín: la señora Doña Rosario le espera en la galería.
MAGIN.- Voy... Voy en seguida. ¿Viene conmigo, Don Rafael?
RAFAEL.- No. Tengo aún una visita y no puedo dejarla.
(Consulta su reloj)
MAGIN.- Cuidado, Don Rafael. Cuidado...
RAFAEL.- Gracias. (Don Rafael se va por el mirador)
MAGIN.- (Murmura:) Mala cosa es ésta. ¡Mala cosa!

(Matis por el corredor de la derecha. Breve pausa. Se oye dentro la voz de Don Magín.)

Buenas tardes.

CEREMONIOSAS.- (Dentro) ¡Buenas tardes!

(Salen por el corredor las dos hermanas. Mercedes trae un libro y Julita un cestillo de costura.)

- MERCE.- ¡Qué señor tan simpático, don Magín! ¿No encuentras?
JULITA.- ¡Qué simpático!
MERCE.- ¿Nos sentamos en el mirador o subimos a la azotea?
JULITA.- Como quieras. Yo en todas partes estoy bien.

MERCE.- Entonces, ¿subimos?

JULITA.- Subamos. Todavía no se ha puesto el sol y podrás leer un rato: me gusta oírte.

MERCE.- Estoy enamorada de estos versos: ¡llegan al alma! ¿Y tú, qué haces?

JULITA.- Unos calcetines para el pequeñín de los Muixons.

MERCE.- ¿Te gustan los niños, hermana?

JULITA.- ¡Me encantan! (Dejándola paso) Pasa, Mercedes.

MERCE.- Gracias, Julita.

(Las Ceremoniosas hacen mutis por la escalera que conduce a la azotea. Por el fondo vienen ENRIQUE SURELA y MARIA LUISA. El primero es hombre de unos 40 años; ancho de espalda, corpulento, lleno de salud. En realidad, como ha dicho Don Magín, es la viva estampa del retrato que cuelga en la pared del fondo. A las dos palabras que se le escuchan, adviértese claramente que es un gran corazón. Sus ojos, negros y brillantes, son inquietos, como los de un joven. Siempre tiene la sonrisa en los labios. Como no guarda secretos para nadie, y es incapaz de misterio, habla siempre en alto. Gran aficionado a fumar en pipa, posee una colección de ellas, que guarda en una caja de marfil, sobre la chimenea. María Luisa, dulce chiquita de 20 años, - es

(hija de un primo hermano de Enrique que Sureca. Vive como prouijada en la casa, donde es muy querida. Ha acabado la carrera de maestra, y oculta en su corazón una gran fe-minidad. Su voz es armoniosa, acari-ciadora. Viste con sencillez, pero, como su figura es de líneas perfectas, luce su traje extraordinaria-mente.

ENRIQUE.—Hoy es el primer domingo de Primavera, María Luisa. Mirándote a la cara se comprende que ha llegado el buen tiempo.

MA LUISA.— Sí, señor Enrique. Debo de estar un poco arrebolada.

ENRIQ.— Sí que lo estás, nena.

(Enrique deja su amplio sombrero sobre el arca, abre luego la caja de marfil y escoge una buena pipa. En tanto, María Luisa se ha fijado en el jarrón sin flores, y mueve ligeramente la cabeza con muestras de contrariedad. Enrique se ~~sienta~~ en una poltrona y carga de ^{sienta} tabaco su papa.

El mundo es bueno, ¿no encuentras? Pero hay que saber vivir. Ahora mismo nos da Dios

una nueva Primavera. (Enciende) Para conocer

la bondad de la Primavera, hay que triscar

por los campos, como trisco yo. ¡Ya te lo

dicen los pájaros con sus trinos y el ba-

MA LUI.- tir de sus alas! A ti también parece que te

ENRIQ.- gusta el campo; que en él te encontré más

MA LUI.- de una vez estudiando.

MARLUISA.- Tiene razón. Me encanta ir por el campo
sola... con un libro nada más. Y caminar
despacito... para que los pájaros no huyan...

y poder disfrutar de sus cantos. Tanto me

gusta oír el canto de los pájaros, como as-

pirar el perfume de las flores. Muchas ve-

ces, aparto los ojos del libro, miro al si-

er y me parece que las nubes bajan... y ba-

jan hasta acariciarme las sienes. te suabe

al oído? (Breve silencio. Enrique lanza fuer-
tes bocanadas de humo.)

MA LUI.- No, ninguno.

ENRIQ.- El año que viene acabas la carrera, ¿no?

MA LUI.- Ninguno, ninguno!... Eso no me da saberlo.

MA LUI.- Sí, señor Enrique. Gracias a usted.

ENRIQUE.- ¡Bah! Gracias a tu inteligencia, María Lui-

sa. Me encanta que seas una señorita; que

mente educado, y el amor lo hará...

sepas crear un hogar tranquilo, honrado...

que no paladar.

MA LUI.- Sí, señor Enrique.

MA LUI.- ¡Oh! No hay cosquitas muertas hoy día...

ENRIQUE.- No me digas señor Enrique, mujer.

MA LUI.- ¡Hola, hola! ¿Y cómo lo sabes?

MA LUI.- Es que no sé cómo...

MA LUI.- Verd' (Un poco avergonzad') A vos le cues-

tan...

ENRIQUE.- Llámame tío. ¿No lo soy en realidad?

MA LUI.- Sí, señor. Aquí a contarse todo eso que

ENRIQ.- Pues eso. ¿No te gusta que lo seas? arre-

MA LUI.- Mucho, mujer, que yo no quiero. Dime.

ENRIQ.- A mí también. Pues... como te decía, quie-

ro que seas ama de una casa como la mía.

Porque, si Dios quiere, te casarás. No que-

CHORLITO.- ¡No... Ya está la cosa apurada... Y le

rrá Dios que se quede soltera un angelillo

como tú.

ENRIQ.- Bien... (Chorlito inicia el auto hacia el

MA LUI.- Jamás he pensado en ello.

ENRIQUE.- Es natural. Ahora tienes veinte años, ¿no?

MA LUI.- Sí, señor.

ENRIQUE.- ¿Y no tienes ningún moscardón que te zumbe

al oído? ellas en la sala.

MA LUI.- No. Ninguno!... Anda, anda: póntelas y

ENRIQUE.- ¡Ninguno, ninguno!... Eso no puedes saberlo.

MA LUI.- ¿Que no? la Virgen! No lo haré más. ¿Y sí,

ENRIQUE.- A veces, surge una mosquita muerta, tímida-

mente enamorado, y el amor le pega la len-

gua al paladar. (Ríen el tío y la

MA LUI.- ¡Oh! No hay mosquitas muertas hoy día...

ENRIQ.- ¡Hola, hola! ¿Y cómo lo sabes?

MA LUI.- Verá. (Un poco avergonzada) A una le cuen-

ENRIQ.- Eso. Lo que te dicen, no lo seas ahora.

tan...

ENRIQ.- Ven... Ven aquí a contarme todo eso que dices que te cuentan. Anda y no te arrebóles, mujer, que yo no quiero. Dime.

(Ella se sienta a su lado. Cuando iba a comenzar a hablar, aparece CHORLITO. Lleva las alpargatas colgadas del cuello.)

CHORLITO.- Amo... Ya está la ~~ropa~~^{red} apañada... Y le aseguro que no se vé ni una ~~picadura~~^{agujera}...

ENRIQ.- Bien... (Chorlito inicia el mutis hacia el corredor.)

ENRIQ.- ¡Pero, chico! ¿Adónde vas con las alpargatas al cuello?

CHORLI.- Ms que... la señora Abuela me grita si entro con ellas en la sala.

ENRIQU.- ¡Pero hombre!... Anda, anda: pónelas y déjate de músicas. La señora no te ve.

CHORLI.- ¡Válgame la Virgen! No lo haré más. ¡Y sí, por casualidad, lo sabe? ¡Ni pensarlo, amo, ni pensarlo! Antes de que ella me ríe... ¡primero fraile! (Mutis. Ríen el tío y la sobrina.)

ENRIQU.- ¡La buena de la Abuela! Y dime tú; dime...

MA LUI.- ¿El qué?

ENRIQ.- Eso. Lo que te dicen. No lo dejes ahora.

MA LUI.- ¡Ah, sí! Pues me han dicho que el hombre tiene libertad para todo; más que la mujer. Y que la mujer ha de callar y sufrir... porque ~~no se lo conocen~~ ^{no se lo conocen}. Y por eso la mujer quiere más y, generalmente, es más abnegada.

ENRIQU.- (Rascándose la cabeza) Sí; hay veces... sí. Pero mira: quiero que sepas una cosa. Cuando el hombre quiere de veras, no se declara.

MA LUI.- ¿No?

ENRIQU.- No. Se le ~~conoce~~ ^{descubre}, sin embargo, el cariño que oculta en el fondo de su corazón: ¡le delatan sus ojos!

MA LUI.- (Todavía un poco temerosa) Y a la mujer

ISABEL.- también se la debe ~~comprender~~ ^{descubrir}.

ENRIQU.- También.

MA LUI.- Y entonces, ¿qué hace el hombre?

ENRIQU.- ¿Que... qué hace?. ¡Santo Dios!.

ENRIQU.- (Se acerca a ella) ¡Ahora sí que me cazaste! (Ríe) Como jamás me encontré en el ca-

ISABEL.- so... Pues, digo yo... que debe de disimular para hacerse más interesante. ¡El hombre es más orgulloso que un gallo!.

MA LUI.- Orgulloso, a veces. Y, a veces, distraído.

ENRIQ.- También... ¡También los hay! hierbas del monte... (Ríe. La mira, y la dice con una sonrisa paternal:

ENRIQ.- ¡Claro! ¡Figurate! cosas de la Abuela. En ¿Sabes, chiquita, que tienes unos ojos muy claros, las rosas... (Las Rosie)

MA LUI.- (Dolida) Con vuestro permiso...

MA LUI.- ¿Yo?

ISABEL.- La abuela está en la azotea con Don Martín.

ENRIQ.- Sí. Parecen de cristal. Por los ojos, parece que hablan de ungüentos; y la Abuela, queña, se asoma tu alma.

(Surge por la derecha ISABEL, con la acacia (una brazada de rosas encarnadas.

ISABEL.- ¡Ah! Sois vosotros. ¡Hola, Enrique! Creía no encontrarte; y, perdona, no me hubiese gustado.

ENRIQ.- ¿Por qué, reina? te había besado hoy.

ISABEL.- Muy sencillo. Porque venía a colocar en el

ISABEL.- jarrón esta bendición de rosas...

ENRIQ.- ¿Qué tiro (Mirando fijamente a María Luisa)

ISABEL.- que sé que te chiflan. ta el olor de la pi-

ENRIQU.- Mucho. Y, todavía más, si las veo en tus ma-

ENRIQU.- nos. razón. ¿Y es eso? ¡Pues, yayá!...

ISABEL.- (Colocando las flores en el jarrón)

Esta mañana tiré unas flores, que no sé quién las puso. Sin duda, Batisteta. Porque, de flores, no tenían más que el nombre.

(Burlona) Unos cardos y unas hierbas del monte... (Ríe)

ENRIQ.- ¡Claro! Figúrate: cosas de la Abuela. En cambio, tus rosas... (Las huele)

MA LUI.- (Dolida) Con vuestro permiso...

ISABEL.- La Abuela está en la azotea con don Magín.

ENRIQU.- Creo que hablan de ungüentos; y la Abuela, preguntaba por ti. Por lo visto, para que la aconsejes...

ISABEL.- (La muchacha, sin contestar, hace mutis por la primera derecha. Isabel la mira despectivamente. Enri- que va a abrazar a Isabel con efusión.)

ENRIQ.- ¡Sol mío! Aún no te había besado hoy.

(Intenta hacerlo)

ISABEL.- ¡Jesús! (Se retira)

ENRIQ.- ¿Qué tienes?

ISABEL.- ¿No sabes que me molesta el olor de la pipa?

ENRIQU.- Tienes razón. ¿Y es éso? ¡Pues, vaya!...

(Deja la pipa en su caja)

Siempre que abro esta caja, me acuerdo de un regalo tuyo; precisamente, una pipa...

Esta. (Se la enseña) Me hiciste feliz.

(Deja la caja sobre la repisa) Y ahora...
ya ves: ¡no puedes ni sufrir su olor!

ISABEL.- ¡Ay, Enrique!... ¿No sabes que, cuando se
hace un regalo, se piensa sólo en complacer
a la persona a quien se destina, aunque el
presente nos desagrade?

ENRIQU.- También tienes razón. Tú siempre tienes ra-
zón. ¿Sabes a quién he encontrado? A Suri-
ñacá. ¿No lo recuerdas? Aquel picapedrero...

ISABEL.- ¡Ah, sí!... te mudo.

ENRIQU.- El hombre me está agradecido. Me ha recor-
dado lo que le dije cuando le descubrí su
Bendito sea Dios! (Isabel le mira. Siente
como si que más las alegrías y las tristes-
tas del tiempo. El sol y la lluvia. Y el
bre hombre!... Claro: él negaba... ¿qué ha-
bía de hacer? Todavía no he encontrado a na-
respirando la vida, como si siempre fuese
die que se confiese autor de una mala acción.
Primavera.

ISABEL.- ¿Y sabes por qué? Pues porque nadie quiere
hacer examen de conciencia; la mayor parte
de los hombres prefieren llevarla bien ocul-

ta. Y eso fué lo que dije al picapedrero:
"Llegará un día en que esto que tenemos
dentro, y que Dios nos concedió a todos,

(Sonriendo) Ya sé que muchas veces cabalga

-aunque a veces no lo parezca-, nos recoma y no nos deje vivir. Sería para mí un dolor, ~~que murieras~~, que murieras conservando el pecado en el fondo de tu conciencia". Y él, que era un buen hombre, confesó... y me llenó las manos de lágrimas.

(Breve pausa) Dice Dios que el premio de una buena acción es haberla hecho. ¡Y qué razón tiene! Por éso yo vivo contento y tranquilo en este mundo.

(Respirando fuerte, lleno de salud y optimismo.)

¡Bendito sea Dios! (Isabel le mira) Siento como el que más las alegrías y las tristezas del tiempo. El sol y la lluvia. Y, a pesar de ello, vivo con el corazón abierto, respirando la vida, como si siempre fuese Primavera.

ISABEL.- Sí, Enrique. En tus ojos jamás he visto asomo de tristeza.

ENRIQ.- ¡Tristeza a tu lado, mi reina? ¡Si cuando tú me miras me siento como nunca feliz! Como si no tuviera más de 15 años!

(Sonriendo) Ya sé que muchas veces cabalgo

en las nubes; pero, ¡qué hacer, sabiéndole-
que en torno mío todo el mundo es feliz...

ISABEL.- No, no. En lo íntimo. No podría... no podría,
porque yo quiero... y porque me desvivo
para que siga siéndolo!. Tengo mi hogar,
tengo los recuerdos... ¡y te tengo a ti,
que eres la reina de mi casa!.

ENRIQ.- (La abraza fuertemente) ¡A ti!... Nadie

ISABEL.- puede comprender cómo me absorbe esta dul-

ENRIQ.- ce vida de familia. Mira: ¿Ves este piano?
El abuelo se lo regaló a la que aún vive en-
tre nosotros: la Abuela Rosario. Ella aprendió
en él; y cuando el abuelo regresaba de
sus viajes, ella tocaba en el piano para

ISABEL.- alegrarle su estancia en casa. Yo te lo

ENRIQ.- he pedido muchas veces y nunca me ^{hav} compla-
ciste. ¿Por qué? ^{la} de no saberle dar la feli-

ISABEL.- Ahora el piano no tiene las mismas pulsa-
ciones de entonces. ¿No crees que me me-
rezco uno nuevo?

ENRIQU.- (Sorprendido) ¿Qué dices? ¿Cambiar el pia-

RAFAEL.- no? ¡No! (Persuasivo) Créeme: prueba en és-
te. Yo te ayudaré. La canción hacía así:

ENRIQ.- (La canta. Ella, mecánicamente, se pone al piano. Pulsa las primeras

un momento de ansiedad. (Le abraza) Descifra
(notas, guiadas por él. Pero se le-
vanta de pronto, y dice:) y

ISABEL.- No, no. Es inútil. No podría... no podría.

...ver (Llega hasta el mirador. El teclado
(en el piano. Luego, la mira, se
de Isabel (aproximada a ella y la dice en voz
(muy baja:

Eres de verdad
ENRIQ.- ~~¿Es que eres feliz a mi lado? ¿Es que no~~ *De verdad,*
~~aburras?~~

ISABEL.- ~~Porque Enrique. No en ninguna de las...~~
ISABEL.- ¿Por qué he de aburrirme?

ENRIQ.- Ya sé; ya sé que, cuando una persona es
feliz, no puede aburrirse... porque la vi-

ENRIQ.- Yo, no. Veo a cada uno con este caso. En-
tonces se le ofrece hermosa. Eso ya lo sé. Pe-

ISABEL.- Basta luego. (Se va por la primera derecha)
ro, a veces... (Ella le mira) A veces, pien-

RAFAEL.- Y tú, cómo te aburrirás?
so... pienso...

ISABEL.- (Angustiada) ¿Qué, Enrique?

ENRIQ.- ¡Cosas!... ¡Ay, vida mía, te quiero tanto
que tengo miedo de no saberte dar la feli-
cidad que mereces, ni todo aquello que am-
bicionas!. (Besándola) ¡Reina mía!

(Aparece RAFAEL, que hace un gesto
de contrariedad; pero se repone.)

RAFAEL.- Así me gusta; que la felicidad reine en el
hogar de mis amigos.

ENRIQ.- ¡Ah! ¿Eres tú, gran hombre? ¡Adelante, ade-
lante! Llegas a punto. Nos sorprendes en

ENRIQU.- un momento de efusión. (Le abraza) Decía que la vida, por sí misma, es bella; y

RAFAEL.- cuando un hombre la encuentra bella, no

ENRIQU.- sabe ver sino aquello que tiene la virtud de embellecerla. El hombre feliz no sospecha maldad si, por desgracia, alguna ^{dicha/s} amenaza. ¿No lo crees así?

ISABEL.- Perdona, Enrique. Me entretuve demasiado, y la Abuela Rosario me estará esperando. Y tú no querrás que...

ENRIQU.- Yo, no. Vé. Quedo aquí con este buen amigo.

ISABEL.- Hasta luego. (Se va por la primera derecha)

RAFAEL.- Y tú, ¿cómo te encuentras? lo.

ENRIQU.- ¿De salud? ella también te lo agradecerá;

RAFAEL.- ¿Pues, de qué? ^{el} a mí, volviste a ella in-

ENRIQU.- ¡ah, claro! Tienes razón; que eres el médico. Bien. Estoy requetabien; ya lo ves.

RAFAEL.- De nuevo he emprendido mis paseos por la comarca, y no me canso en absoluto. Y todo,

ENRIQU.- gracias a este ilustre galeno que Dios quiso enviarme. ^{diría yo? en... el espejo}

RAFAEL.- Y a tu naturaleza. Eres más fuerte que un roble.

ENRIQ.- ¡Déjate de historias! Que si tú no apare-
tigo me comprendido el valor que tiene
ces, ya estaría en el hoyo.

RAFAEL.- ¡Pero, hombre...!
verdadero amigo, es cualquiera de nosotros.

ENRIQU.- Nada, nada. Tu hiciste lo que entonces no
(Pausa) Más de una vez he pensado una cosa,
hubiese hecho ningún médico. Velarme a los
señal... Tu no tienes familia... Vives solo
pies de la cama, en las noches de fiebre;
... ¿Por qué no te vienes a vivir con noso-
sin temor al contagio; atenderme hasta en
trés?

RAFAEL.- los más nimios detalles, como una Hermana
¿Con vosotros?
de la Caridad...; dejándolo todo por sal-

ENRIQU.- Sí. ¿No viviste durante el día de mi su-
varme!... Hasta la sangre ofreciste cuan-
fergedad? Pues, ¿por qué no vivir siempre?
do la consulta! ¿Y crees que no lo sé? Isa-
Te lo digo de corazón.
bel me lo ha contado todo.

RAFAEL.- (Levantándose) No, Enrique. No puedo acep-
RAFAEL.- Mal hecho. No debí decírtelo.

ENRIQU.- ¿Por qué? Si ella también te lo agradecía;
ENRIQU.- ¿Pero qué?

RAFAEL.- sí, al salvarme a mí, volviste a ella ^{el} ~~la~~
^{aprovechando} ~~salvarme~~ ~~la gente?~~ Y hoy el médico es el mejor ami-
go que tengo. Tú lo sabes, Rafael.

RAFAEL.- Si, Enrique que me pagas el restablecimiento-

RAFAEL.- Sí, ya lo sé. Pero me contraría aquello.
to de tu salud. Siempre sería el médico.

(Se sienta)

ENRIQU.- Para ellos, sí; pero, para mí, el amigo.
ENRIQU.- Para mí, Rafael, la amistad es cosa única.

Es... ¿cómo te diría yo? es... el espejo
razones para pedirte. (Rafael le mira)
donde nos miramos cuando la alegría o la
sí, ahora, sí... si tú quieres, será un
tristeza invaden nuestra alma. ¡Oh! Yo con-
exceso de ingenuidad, de claridad de pen-

... pero es así. Mira, Rafael: yo, tigo he comprendido el valor que tiene antes de casarse, era un hombre que no un sincero apretón de manos. El amigo, el verdadero amigo, es cualquiera de nosotros. (Pausa) Más de una vez he pensado una cosa, Rafael... Tú no tienes familia... Vives solo... ¿Por qué no te vienes a vivir con nosotros? ¿Por qué no te vienes a vivir con nosotros? ¿Por qué no te vienes a vivir con nosotros?

RAFAEL.- ¿Con vosotros?

ENRIQU.- Sí. ¿No viviste durante el mes de mi enfermedad? Pues, ¿por qué no vivir siempre? Te lo digo de corazón.

RAFAEL.- (Levantándose) No, Enrique. No puedo aceptarlo. Te lo agradezco, créeme. Pero...

ENRIQU.- ¿Pero qué?

RAFAEL.- La gente murmuraría y...

ENRIQU.- ¿Qué murmuraría la gente?

RAFAEL.- Sí. Dirían que me pagas el restablecimiento de tu salud. Siempre sería el médico.

ENRIQU.- Para ellos, sí. Pero, para mí, el amigo. ¡Sólo el amigo! Bah... bah... Además, hay razones para pedírtelo. (Rafael le mira)

RAFAEL.- Sí, hombre, sí... Si tú quieres, será un exceso de ingenuidad, de claridad de pen-

ENRIQU.- samiento: pero es así. Mira, Rafael: yo, antes de casarme, era un hombre que no veía más allá de esta comarca: Era un pobre, sencillo de corazón, sin ninguna clase de ambiciones, resignado a la vida. Y mi amadísima familia era como yo... y como yo eran los amigos que me rodeaban. Pero la casualidad, -la bendita casualidad,- pasó a Isabel en mis brazos. ¡Oh, qué felicidad! Todo aquello, que permanecía como dormido dentro del alma, despertó con un alegre batir de alas. Me pareció que este amado y venerado hogar se inundaba de luz y de armonías hasta aquel momento desconocidas. Pero... ¡ay, amigo! Pronto pude ver que Isabel no era como nosotros. Isabel es un ángel que yo no merezco... Es un ser superior a quien venero tanto como adoro. Este matrimonio coronó mi vida de felicidad; pero yo, que no soy egoísta, no quiero la felicidad para mí solo.

RAFAEL.- Todo el que vive a tu lado es feliz, Enri-

QUIN.- que, que ya volvió, Don Rafael. ¿Qué? ¿No le

ENRIQUE.- Puede ser. Bien lo quisiera yo. Pero no sólo de pan vive el hombre. Estas cosas del espíritu no basta sentir las... Hay que expresarlas, -mejor dicho, saberlas expresar. Y, no sé como decírtelo, pero...

(Poniéndole una mano en la espalda.)

MAGIN.- Mira, Rafael. Cuando ~~la~~^{te} tengo al lado, me siento otro y estoy seguro de no quedarme atrás. Y entonces sí que soy el que quiero ser. Y es que nuestra amistad nos une tan estrechamente, que me parece como si cada uno llevara dentro de sí un trocito de la vida del otro, con su sangre y sus nervios. (Le abraza) ¡Quédate con nosotros, Rafael! Anda: quédate.

(Aparece DON MAGIN por la primera derecha.)

MAGIN.- Hola, Enrique. Buenas tardes. ¡Buen rato pasé con su abuela! ¡Qué simpática, esta buena señora! Y, en cuestión de potingues, una maestra. ¡Madre mía! Sabe más que yo.

ENRIQUE.- Es su manía.

MAGIN.- Veo que ya volvió, Don Rafael. ¿Qué? ¡No le

- ENRIQU.- ¿ocurrió nada? Ni lo habré visto...
- ENRIQU.- ¿A quién? ¿Y qué había de ocurrirle?
- MAGIN.- ¡Ah? ¿No lo sabe todavía? Pues que el mozo aquel, el Rufart, está en el pueblo y, según parece, quiere...
- ENRIQU.- ¿El Rufart? Pero, ¿no estaba preso?
- MAGIN.- Sí; pero ha salido antes de lo que todos creíamos.
- ENRIQU.- ¿Y a quién amenaza ahora?
- RAFAEL.- A mí. (Toma el bastón) ¿Viene usted, Don Enrique?
- ENRIQU.- ¿A ti? ¡Ah, sí! Se acordará de... Es un cobarde.
- MAGIN.- No de larás apoyarme en ti un cochino.
- MAGIN.- Un cochino. Por éso le he dicho que tuviese prudencia. ¡Ya se cuidará la Guardia Civil de hacerle andar derecho!
- RAFAEL.- Yo no tengo ganas de escándalos; pero, si me encuentra, me encontrará.
- ENRIQU.- No, Rafael. Tú, no. Ya sabes que ese mozo me tiene cierto respeto. Hasta te diré que acaso sea yo el único a quien oiga. Creo que no me costará mucho encontrarle.
- RAFAEL.- No quiero que vayas, Enrique. Parecería una cobardía por mi parte, ¡y eso si que no!

ENRIQ.- Tu, calla. ¿Qué decíamos hace un momento?

RAFAEL.- Por ese mismo.

ENRIQU.- Yo puedo arreglarlo. Yendo tñ, acaso habría sangre.

MAGIN.- Tiene razón Enrique; tiene razón.

ENRIQU.- (Tomando su sombrero) Espérame hasta que vuelva. No digas nada a nadie.

RAFAEL.- Como quieras.

ENRIQU.- Verás como yo amanso a ese gallito de feria. (Toma el bastón) ¿Viene usted, Don Magin?

MAGIN.- Vamos. ¿Me dejarás apoyarme en tí un poquitito?

(Se van por el mirador. Don Rafael permanece plantado en medio de la escena. Hace algunos gestos como si hablara solo. Después, murmura:

RAFAEL.- ¡Bah! Después de todo, ~~no pasará nada.~~ *¡qué puede pasar!*

RAFAEL.- (Sonríese) (Salen las hermanas Mellizas)

JULITA.- Buenas tardes, Don Rafael.

MERCEDES.- Buenas tardes.

RAFAEL.- Buenas tardes. Usted, siempre con un libro. ¿Versos, sin duda?

MERCE.- Sí, señor. Versos. Un tomo de Casas y Amigó. ¿No lo ha leído?

RAFAEL.- No. Nunca. *... un bastidor de bordar.*

MERCE.- ¡Oh! Es un poeta místico, humilde...

RAFAEL.- Entonces, no me gustaría.

... (Las Hermanas se asombran)

MERCE.- ¡Oh! ¿Qué dice?

JULITA.- ¿Qué dice?

RAFAEL.- Lo que oyen. A mí los místicos no me gustan, ni ~~en~~ verso. ¿Saben qué libro leo ahora?

... (Solo vosotras?)

JULITA.- Sí, Abuela.

MERCE.- No.

MERCE.- Con Don Rafael.

JULITA.- ¿Cuál?

ABUELA.- Este diambre de Doctor es particular: atien-

RAFAEL.- Fausto.

JULITA.- ¿Fausto?

RAFAEL.- ¿No lo conocen?

MERCE.- Yó, sí, Don Rafael. Creo que es una nove-

RAFAEL.- Cuando usted lo dice...

lita preciosa.

RAFAEL.- (Sonriendo) Sí. ¿Y sabe usted por qué me

gusta tanto esa novelita? Pues porque ese

viejo doctor del diablo era un gran argu-

lloso. ¡Ah, mis buenas amigas! ¡Feliz el

ABUELA. hombre que, por sus méritos, pueda permitir-

se ese lujo! (Siguen hablando cerca del mi-

ador. Por la primera dere-

afecto de que *(se aparece DONA ROSARIO, apoyada en MARIA LUISA. Esta*

(trae un bastidor de bordar.

ABUELA.- ¿Y sabes por qué se respira tan bien en nuestra casa? Pues porque en ella se vive santamente. Yo creo que mi buenísimo padre, que esté en gloria, debe haber construido, en lo alto del cielo, una masía como ésta.

(Se sienta en una poltrona de la derecha. Las Hermanas ríen.

ISABEL. ¡Ah! ¿Sois vosotras?

JULITA.- Sí, Abuela.

MERCE.- Con Don Rafael.

ABUELA.- Este diantre de Doctor es particular: atiende más a los que gozan de salud que a los enfermos. Habilidades de cada uno, ¿verdad, Doctor?

RAFAEL.- Cuando usted lo dice...
(Llega por la derecha ~~ISABEL~~ ISABEL.
(También trae en la mano un libro bellamente encuadernado.)

ISABEL.- ¿Cómo estáis a oscuras? Casi no se ve.

(Se ha cambiado de vestido, y lleva ahora una bata de seda oscura.

ABUELA.- ¡Ah, sí? No lo había advertido. A veces le gusta a una hablar a oscuras. Me hace el efecto de que hablo sola y me responde el

ISABEL.- ¡No le digo nada más, pero...
eco. A oscuras se suelen decir las cosas.

ABUELA.- más atrevidas.

ISABEL.- ^{seclaró} ¿Se le ~~seclaró~~ alguien a oscuras,
Abuela?

ABUELA.- Es mucha curiosidad.

ABUELA.- (Risas. Isabel enciende la luz)

ABUELA.- ¡Buenas noches nos dé Dios!

LAS DEMAS.- ¡Buenas noches!

ISABEL.- (A Rafael) Doctor... Esta novela, que usted me regaló, es una maravilla.

JULITA.- ¿Cuál es?

MERCE.- ¿Fausto?

ISABEL.- ¡Oh, no! Madame Bovary... La desventurada Madame Bovary... Vive por un amor que no encuentra; un amor que siempre se le escurre de las manos.

ABUELA.- No las apretará demasiado. (A María Luisa)
¿Conoces tú ese libro?

MA LUISA.-No, señora.

ABUELA.- ¿Y Enrique? ¿No está? No le he visto. Me extraña que no esté aquí. Al anochecer siempre está en casa.

ABUELA.- pre está en casa.

ABUELA.- Vino ya antes.

ISABEL.- ¿No le dijo Don Magín?... de Hipocresía!

ABUELA.- No me ha dicho ni una palabra. Este boticario, con su barba de chivo, cada día parece más tonto.

ENRIQUE.- (Vuelve DON MAGÍN por el mirador. Trae un tarro de botica.)

MAGÍN.- Buenas noches.

ABUELA.- ¿Es usted? ¿Y Enrique? ¿Dónde lo dejó? ¿Sabe si volverá pronto?

MAGÍN.- ¿Si volverá pronto? (Sin saber qué decir)
Sí... Yo creo... Yo creo que sí. ¡Dios nos proteja!

ABUELA.- ¿Dios nos proteja? ¿Qué quiere usted decir?

RAFAEL.- (Rápidamente) No... Don Magín quiere decir que volverá pronto... y que, por venir tarde, le hubiera podido pasar cualquier cosa... y que Dios nos proteja.

MAGÍN.- Eso... ¡eso! Yo creí encontrármelo aquí... Y por éso le traía este tarro que sé que le gusta. (Enseña el tarro que trae)

RAFAEL.- ¿A ver? ¡Oh, sí! Precioso...

ABUELA.- ¿Qué es?

RAFAEL.- Un bote de farmacia. ¡Un magnífico tarro de boticario!

ABUELA.- ¡Magnífico! ¡Si es un bote de Hipocacuana!

MAGIN.- No; no, doña Rosario. Hasta ahora no he de
tenido más que raíces de una mala vid.

(Llega por el mirador ENRIQUE.)

ENRIQUE.- Buenas noches. Buenas noches, Isabel.

(Besa a la Abuela)

Perdona, Abuela, si es un poco tarde.

JULITA.- Ya sea (Por el tarro que la Abuela conser-
(va en las manos.

ENRIQUE.- ¡Oh!... El magnífico bote de Don Magin!

MAGIN.- (Mirando el reloj) Cierta. Son las siete.
Gracias, hombre. Mil gracias.

(Lo coge y lo contempla con fruición

MAGIN.- ¡Acaso no se encuentre otro tan antiguo!

(Lo coloca en la repisa de la chi-
menea. María Luisa borda. Mercedes
(lee: Julita cose. Isabel también

Breve pausa.

ENRIQUE.- ¿Todavía no vino el Alcalde? ya fuesen

MAGIN.- No tardará mucho. (Los tres hombres se reúnen y ha-
(blan, brevemente, aparte.

RAFAEL.- ¿Qué ha pasado?

MAGIN.- ¿Le ha visto?

ENRIQUE.- Ya os explicaré. Nada importante.

(Alzando la voz)

Si este diantre del Alcalde tarda, comen-

- PUIG.- No te pongas las zapatillas, Enrique. Suro-
zaremos solos la partida.
- (Pausa. Se respira el bienestar de
un hogar feliz. Enrique se sienta
en el sillón de la izquierda. Rafael
habla en voz baja con Mercedes y
Julita. Don Magín permanece al la-
do de Enrique. María Luisa, des-
pués de un silencio, se levanta y
desaparece por la gran puerta de
la derecha. Isabel la sigue con la
mirada. El reloj de la estancia da
siete campanadas.)
- JULITA.- Ya son las siete. ¿Es, qué pasa?
- MERCE.- Sí. Han dado las siete.
- ENRIQU.- (Mirando el reloj) Cierto. Son las siete.
- (Otra pausa. A Don Magín) Hoy el Alcalde
viene más tarde que otros días de fiesta.
- MAGIN.- Eso parece. Pero, no... ¿Si no tuvo impor-
tancia? (Llega Pedro PUIG por el fondo)
- P. PUIG.- ¡Buenas noches! (Mirador) Abajo hay mucha
- ENRIQU.- ¡Gracias a Dios, hombre! Mira: ya íbamos
a empezar. (Sale MARIA LUISA con unas zapa-
tillas, que coloca a los pies
de Enrique. ca estof)
- MAGIN.- Gracias, pequeña. (A Isabel) Es lo sé, Abuela...
No lo sé. (Isabel mira a Rafael y sonríe)
- RAFAEL.- No sé estar en casa con zapatos; y María
Luisa me adivina el gusto.
- ENRIQU.- (Con un suspiro) (Va a quitarse los zapatos, sicut-
tivamente.)

PUIG.- No te pongas las zapatillas, Enrique Sure-
da. (El tono afectado del Alcalde sue-
na de modo extraño en la casa.

PUIG.- (El médico queda clavado en el fon-
da.)

ENRIQU.- ¿Por qué?

PUIG.- (Forzándose para hablar) Porque... debes
venir conmigo.

ENRIQ.- (Sorprendido) ¿Contigo?

PUIG.- Sí... Es preciso.

ISABEL.- (Levantándose) ¿Pues, qué pasa?

PUIG.- No, nada... Pero...

MAGIN.- Señor Alcalde: ¿por qué no habla con el
tono de siempre?

ABUELA.- Parece como si estuviera asustado, creía...

ENRIQ.- ¿Es que...? Pero, no... ¡Si no tuvo impor-
tancia!

PUIG.- Nada se puede decir todavía. Nada se puede

ISABEL.- (Que ha ido al mirador) Abajo hay mucha
gente.

ENRIQ.- Sí... Vamos.

RAFAEL.- ¿Cómo? (Va a mirar)

ABUELA.- Dime, hijo. ¿Qué significa esto?

ENRIQ.- (Sin saber qué decir) No lo sé, Abuela...

MAGIN.- No lo sé. Enrique Sureda...

ISABEL.- ¡Si también hay una pareja de la Guardia
Civil!...

ENRIQ.- ¡Adiós!

ENRIQ.- (Con un grito de sorpresa) ¿Qué?... ¿Enton-

ces, el Rufart?...

PUIG.- Nada puede decirse todavía.

ABUELA.- ¿El Rufart?

ABUELA.- Lo ha hecho (Las dos Hermanas también repiten este nombre.)

PUIG.- Sí... Se han peleado... Y... llorando, y

ABUELA.- ¡Tú... y ese granuja? Pero, ¿por qué? ¿Con

el Rufart? ¡Abuelita!...

ENRIQ.- ¡El pobre! (Que, como siempre, tiene el corazón a flor de labio.)

ABUELA.- Pero, no le pasará nada. ¿Verdad que no? No, Abuela; no ha sido por mí. Lo hice por

mi gran amigo. (Mira a Rafael) Pero no creía...

no creí que fuera tan grave.

PUIG.- Nada se puede decir todavía. Nada se puede

decir... Pero ahora...

ENRIQ.- Sí, sí... Vamos.

RAFAEL.- Yo voy con vosotros.

ENRIQ.- Gracias, gran amigo; gracias.

MAGIN.- (Con voz velada por la emoción)

Yo también, Enrique Sureda...

PUIG.- (A la Abuela) Volverá en seguida.

ENRIQ.- (A Isabel) ¡Adiós!

CEREMONIOSAS.- (Llorando calladamente)

~~HERNÁNDEZ~~
~~HERNÁNDEZ~~
¡Hermano!...

(Los hombres se van. Oyense rumores
(de voces que van bajando. La Abue-
(la permanece con la cabeza incli-
(nada, inmóvil. La mirada, fija en
(tierra.

ABUELA.- Lo ha hecho por... Lo ha hecho por...

(María Luisa, que se había levanta-
(do, cae de rodillas llorando, y
(oculta el rostro entre la falda de
(la Abuela.

MA LUISA.- Abuela... ¡Abuela!...

ABUELA.- ¡Mi pobre Enrique!

MA LUISA.- Pero, no le pasará nada. ¿Verdad que no?

ABUELA.- No lo sé, hija mía. No lo sé...

(Juntando las manos)

¡Dios proteja a la casa de Sureda!

= T E L O N =

¿Y de dónde la trajeron?

ABUELA.- No lo sé. Ya el padre la cantaba. Yo, de
cirlo. ACTO SEGUNDO; y, desde en
tonces -----

JULITA.- ¡Oh! La PRIMERA PARTE, tocaba esta canción,
que daba gusto oírlo.

La misma decoración del acto primero. Han pa-

ABUELA.- Las monjas que entonces había en Salto de
sado tres meses.
Cobra me enseñaron en boca de música.

MA LUI.- ¡Por jab!...

ABUELA.- (En escena, LA ABUELA ROSARIO, sen-
(Recordada en una butaca, a la izquierda
(Escucha, conmovida, la pieza que,
al pobre (toca al piano MARÍA LUISA. Sentada
(cerca del piano, JULITA borda; su
Ma decía (hermana, podía, con unas tijeras,
(las clavellinas del mirador. Me-
ción?... (diodia... de los Angeles? Y oyán-

ABUELA.- Creo recordar, María Luisa, que no es así.)

Ahora es cuando la canción hace... no lo
cambiarí (La canta, María Luisa, que se ha-
(bia detenido, reanuda su ejerci-
(cio musical. de pensativa)

MA LUI.- Bien, hijita; muy bien. Los dedos ya no me

JULITA.- responden; pero antes, como creas que lo di-
go por alabarme; eso sí que no, ay me co-

MA LUI.- neces!-, el piano hablaba cuando yo tocaba

JULITA.- esta canción. El dibujo es de Isabel; se

MA LUISA.- deja los (Yendo al lado de la abuela)

¿Y de dónde la trajeron?

ABUELA.- No lo sé. Ya mi padre la cantaba. Yo, de oírla, logré tocarla al piano; y, desde entonces...

JULITA.- ¡Oh! La Abuela Rosario tocaba esta canción, que daba gusto oírla.

ABUELA.- Las monjas que entonces había en Salto de Cabra me enseñaron un poco de música.

M^a LUI.- ¡Por éso!...

ABUELA.- (Recordando) Más de una vez acuné con ella al pobre Enrique... Parece que le oigo... Me decía: "Abuelita, ¿no cantas hoy la canción?... ¿Aquella de los ángeles?" Y oyéndola, se quedaba dormido como ellos. (Pausa) Este piano, a pesar de ser viejo, no lo cambiaría por ningún otro del mundo.

MENOR.- (La Abuela queda pensativa)

M^a LUI.- ¡Qué lindo es eso que bordas, Julita!

JULITA.- ¿Te gusta? Es para un cojín. El nuestro de la alcoba está estropeado. Y ahora...

M^a LUI.- Quedará muy bien.

JULITA.- ¡Ya lo creo! El dibujo es de Isabel; se dejó los ojos y los dedos.

- MERCEDES.- (Desde el mirador) Abuela; me parece que estas clavellinas deberían bajarlas al jardín. Eso que taparon la muerte de Don Rafael, dín. Les darían más el aire. Aquí, tomo que que cumpliendo la voluntad de nuestro her-
acabarán marchitándose.
- ABUELA.- ¿Qué dices? ¿A ver?... (Va al mirador)
- JULITA.- Es un gran dolor. Don Rafael...
Sí... Tienes razón. Están demasiado abier-
tas ya. Las flores son como las criaturas:
ABUELA.- Mired, niñas... ¿Queréis hacerme el favor... que en cuanto asoman las orejas, se les de ver si ése caporro de Chorlito ha solta-
do la casa encima. Mañana haré que las ba-
de las palomas, como le tengo dicho.
jen. ¡Todo fuera tan sencillo como ésto!
- MERCEDES.- Sí, señora. Ya lo creo.
(Vuelve a su butaca. Silencio. Lue-
ABUELA.- Pues... (Se dice como pensando alto:
- MERCEDES.- Si todavía Enrique tuviese, - ¡Dios no lo to-
quiera!- para unos meses, había que pensar
en llevarle mantas. ¡Qué frío debe hacer
per allá abajo! ¡Debe de helar los huesos!
- MERCEDES.- (Ingenunamente) Pero, abuela; ¡si aún no ha
empezado el invierno!... ¡viste con qué ve-
- ABUELA.- (Después de mirarla) Estás dejada de la ma-
no de Dios, Mercedes. ¡... Un día nos lo
encuentra (Las Hermanas se miran. No la com-
prenden. Otro silencio breve.
Ahora que no le tenemos entre nosotras, ad-
ME JULI.- Don Enrique le dejó encapada la casa,
vertimos mejor lo que acompaña un hombre

en una casa.

MA LUI.- Cierto.

MERCE.- Y eso que tenemos la suerte de Don Rafael, que cumpliendo la voluntad de nuestro hermano, no nos ha dejado ni a sol ni a sombra.

JULITA.- Es un gran amigo Don Rafael.

MERCE.- Un entrañable amigo.

ABUELA.- Mirad, niñas... ¿Queréis hacerme el favor... de ver si ése ceporro de Chorlito ha soltado las palomas, como le tengo dicho?

MERCE.- Sí, señora. Ya lo creo.

ABUELA.- Puss... vamos, vamos...

MERCE.- Pero antes, dejaré el bordado en el cuarto.

ABUELA.- ¡Lo que quieras, hija!

MERCE.- ¿Vamos, Julita?

JULITA.- Vamos, Mercedes. (Mutis)

ABUELA.- ¡No puedo! ¡No puedo! ¡Estas mellizas me atacan los nervios! ¿No viste con qué veneración hablan de ese presumido de Don Rafael?... ¡Don Rafael!... Un día nos lo encontraremos sentado a la mesa, ya lo verás.

MA LUI.- Don Enrique le dejó encomendada la casa.

MAGIN.- Creo recordarlo.

ABUELA.- ¡Calla! ¡Calla! ¿Tú también? Y aunque se la haya encomendado. Yo, que soy alguien,

MAGIN.- no lo encuentro bien. Esto, mientras que la Abuela viva aquí, no es más que la casa

ABUELA.- de Sureda.; ¡y sólo un Sureda ha de llevar-

MAGIN.- la! Yo me entiendo. No soy un cero a la izquierda todavía. Todos los obreros quieren a Enrique como a las niñas de sus ojos... y le recuerdan demasiado.

M^a LUI.- También Don Rafael sabe hacerse querer.

ABUELA.- ¿Querer? ¡Qué sabes tú! Es un orgulloso, que no da nada gratis. (Pausa)

M^a LUI.- Yo lo que no encuentro bien son los viajes

MAGIN.- tan frecuentes de Isabel a Barcelona.

ABUELA.- ¡Esa es otra!

M^a LUI.- Ya sé que es por el bordado del pendón; pero... no sé qué le diga... Si yo tuviese un marido en la cárcel, no tendría ánimo para salir de casa.

(La Abuela la acaricia)

ABUELA.- ¡Hija mía!.

(Aparece por el mirador DON MAGIN)

MAGIN.- Buenos días.

ABUELA.- Buenos días, don Magin. (Ansiosa) ¿Qué?

MAGIN.- ¿Sabe algo nuevo?

MAGIN.- Nada, señora. Pero tengo fé en que pronto saoremos algo que nos alegrará.

ABUELA.- ¡Dios le oiga!

MAGIN.- ¡No me va a oír! Si todo va bien... Esta mañana el alguacil me ha dicho que el Alcalde tiene que ir a la ciudad a declarar

MAGIN.- otra vez.

ABUELA.- El Alcalde es hombre de corazón.

MAGIN.- ¿Sabe quién irá también? El rector. Y, según mis noticias, hará una buena obra.

ABUELA.- No puede ser de otro modo.

MAGIN.- Si, senora, es verdad, porque, en fin de cuentas, ¿qué daño hizo Enrique? Ninguno... Casi, casi, un bien. Pero, es claro, la justicia... es la justicia; y, de momento, ha de hacer averiguaciones y... etcétera, etcétera, que diría el Alcalde. Pero todo llegará; y ya verá, señora, como la cosa no pasará adelante.

ABUELA.- Eso espero.

M^o LUI.- Don Enrique no quería matarle.

MAGIN.- ¡Qué había de querer! Uno que presenció la disputa le ha dicho claramente. El Rufati que estaba bebido, fué a ponerle la mano encima... y él le dió un empujón, que le hizo caer. Eso es todo.

ABUELA.- Pero, ¿por qué fué? ¿Por qué fué a buscarle?

MAGIN.- Creía en su propia bondad y que todo el mundo le quería.

ABUELA.- ¡Si no hubiese sido por el médico!

MAGIN.- Tiene usted razón: yo también lo he pensado. No soy de los que le quieren mal, -ya me conoce usted,- pero ahora... hasta le tengo un poquito de rabia. Por su culpa no tenemos en el honorable lugar de los Sureada al más honrado de los hombres. Y perdone, Abuela Rosario, si hablo de esta casa como de algo propio. ¡Hace tanto tiempo que me siento en estas sillas! Se respira aquí tanta paz... ¡y tanto bienestar! Al revés que en mi casa. Mire usted: yo creo que soy ca-

MAGIN.- sado de toda la vida; bueno, pues a pesar

de ello, todavía no he podido acostumbrar-

me. En casa, nada está en orden; y la pri-

mera desordenada es mi mujer, que la pobre,

de todo tiene menos de ama de casa. Cada

ABUELA.- Pues, ya sería hora.

MAGIN.- Cuando estoy en casa, me encuentro más vie-

jo y me doy cuenta de que no tengo dientes.

MAGIN.- Por la menor cosa me enfado. ¡Como compren-

do lo que dice Enrique!: "Si en la casa

ABUELA.- donde has nacido vives bien, no te notas

envejecer". Abuela suspira. Se ha quedado

ABUELA.- Gran verdad, Don Magín. Por el primer tir-

MAGIN.- ¡Una casa como ésta! Nada de extraño tiene

que el médico se encuentre en ella encantado

ABUELA.- Demasiado bien acaso. ¡Mucho ojo!

MAGIN.- Si no se mueve de aquí ni a sol ni a sombra.

En fin: ¡hasta los enfermos se quejan! Al

chico mayor de los Canella he ido a visi-

tarle yo, que, -¡madre mía!-, no sé de la

misa la media. Y ellos, por los barriza-

les. Ahora los he visto, que corrían carre-

tera adelante. ¡Dios! ¡Dios!... la señora... y el otro...

MA. LUI.- ¿Corrían?

MAGIN.- Quiero decir... encima de los caballos.

ABUELA.- (Sorprendida) ¿El doctor con la...?

MAGIN.- Sí; con ella. Él montaba la yegua blanca; esa que tanto quiere Enrique. ¡Me ha dado pena, puede creerme!

BATISTINA.- (La Abuela calla. Pausa.)

ABUELA.- ¿Quiere usted esperarles?

MAGIN.- Sí, señora; no quiero que ese chico de los

BATIS.- Canella acabe en mis manos pecadoras.

ABUELA.- Entonces... lo que usted quiera.

CHARLITO.- (Con...
blas. Y
pelda!
BATIS.- Claro
(La Abuela suspira. Se ha quedado pensativa. Y apoyada en María Lui- (sa hace mutis por el primer término derecha. Don Magin contempla (con atención el retrato del Abue- (lo Surada. Expresivamente se resaca (la cabeza y murmura:

MAGIN.- ¡Mucho ojo, Don Felipe! ¡Mucho ojo!

(De la sala grande de la derecha sale MONSA, casi corriendo.

Tú, niña: ¿Dónde vas tan deprisa?

MONSA.- Los señores... Que llegan los señores.

MAGIN.- ¿Qué señores?

MONSA.- ¿Que qué señores? ¿Quienes van a ser?

MONSA.- (Con ampulosidad) ¡Doña Isabel y don Rafael!

MAGIN.- ¡Ah! ¡Ya!... La señora... y el otro...

MONSA.- Usted me perdonará... corriendo!

BATIS.- Vea la (Baja rápido por el mirador. Don
(Mañín se decide.

CHORL.- Yo, no. Prístora frías.
MAGIN.- Oye... Espérate que...

(Aparece... pâr la puerta que condu-
(ce a la azotea CHORLITO y BATIS-
(TETA, el mirador entran ISABEL y

BATISTETA.- ¿Adónde va esa rata sabia?

MAGIN.- Abajo. Y yo, también. Abandonas a los en-
fermos. (Mutis por el foro) de la localidad.

BATIS.- ¡Uy!... Nadie para en la casa cuando llega
RAFAEL.- ¡Al diablo el médico! ¡A mí qué se impor-
ta la tarasca.

CHORLITO.- (Con temor) ¡Calla, Batisteta!... No ha-
bles. Haz lo que yo: ¡échalo todo a la es-
palda! Nosotros no somos nadie.

BATIS.- Claro que no somos nadie. Pero la gente,
ISABEL.- No parece, que no eres feliz.
RAFAEL.- ¿Qué dices? ¿Que no soy feliz a tu lado?
que es más que nosotros, habla y... ya ves:
nosotros, que somos menos que la gente, es-
cuchamos. Y sabemos cosas que no deberíamos
saber; pero, como los demás las dicen...

CHORLI.- ¿Y quienes son los demás? Coloca el ser-
vicio y desaparece.

BATIS.- Los que son más que nosotros.

ISABEL.- (Vuelve MONSA)

MONSA.- Suben los señores... y si os ven...
(Sirva el agua con el azúcar)

RAFAEL.- (Desaparece corriendo)

BATIS.- Nos la hemos ganado, ya lo sé.

CHORL.- Yo, no. Primero fraile.

(Suben y se van por la escalera de la azotea.

(Por el mirador entran ISABEL y RAFAEL, con trajes de montar.

ISABEL.- Don Magín tiene razón. Abandonas a los enfermos. Eres el médico de la localidad, no hay que olvidarlo.

RAFAEL.- ¡Al diablo el médico! ¡A mi qué me importa! Si ya alcancé lo que más quería: vivir siempre a tu lado.

ISABEL.- Verdad; pero...

RAFAEL.- ¿Qué?

ISABEL.- Me parece que no eres feliz.

RAFAEL.- ¿Qué dices? ¿Que no soy feliz a tu lado?

Mira...

(Interrumpe la escena MONSA, que trae, en una bandeja, una jarra con agua fresca, una botella de anís y dos copas. Coloca el servicio sobre la mesa y desaparece en seguida.

ISABEL.- ¿Tienes sed? El agua está fresca y el día es caluroso.

(Sirve el agua con el anís)

RAFAEL.- Gracias. (Beben. Isabel no pierde de vista a Enrique al médico. Esta va al mirador: (Ella sonríe: comprende el estado de ánimo de él. Se le acerca y le pregunta afectuosa, apoyando una mano en su hombro...)

ISABEL.-

RAFAEL.- ¿Qué ibas a decirme cuando Monsa salió?

ISABEL.- Me decías: "Mira!". ¿Mira, qué?

RAFAEL.- (Abrazándola apasionado) ¿Cómo quieres que no sea feliz a tu lado? Me haces daño, creéme, dudando de ello. ¿No ves que lo

ISABEL.- dejas todo por ti? ¡Quiero olvidarme de

RAFAEL.- todo! El amor es una vibración de los

ISABEL.- ¿Quieres olvidarte de todo? Luego hay alguna

ISABEL.- cosa más que te atormenta. ¡Miento quieto,

RAFAEL.- (Dudando) No... No... el cerebro.

RAFAEL.- Quieres (Ella saca un cigarrillo) un marido

ISABEL.- ¿Me das fuego? (Ella se lo da) Me parecía que

Gracias. (Dueña de sí misma) ¡Eres un niño grande, Rafael! Dudas... Tienes miedo...

Y eso no me gusta. Disfruto más cuando me roban un beso que cuando lo doy. ¡Va para mí

RAFAEL.- (Pensativo) Es que... Es que hay momentos... (Pasándose la mano por la frente)

Ahora que está lejos, no puedo olvidarme
venía a curarme, cuanto más venía, más me
de Enrique.

ISABEL.- (Lanzando una bocanada de humo)

Me lo temía. Pero, si quieres...

RAFAEL.- ¡No! No acabes. (Una pausa)

ISABEL.- Yo he creído siempre que el amor es ciego.

RAFAEL.- (Abrazándola) Sí. ¡El amor es ciego! Ce-

ISABEL.- soñaré solo contigo.

ISABEL.- ¿Quién es capaz de resistir una pasión?

RAFAEL.- Nadie. El amor es una vibración de los
corazones.

ISABEL.- Pero, en nosotros, un sentimiento quieto,
ahogado, dominado por el cerebro.

RAFAEL.- Quieres volverme loco. Para mí, tu marido

RAFAEL.- no era tal esposo. La veía enfermo en la

cama; y allí, acurrucado, me parecía que

estaba muy lejos de ti; como si fuera de

otra familia. Y tus ojos, tus palabras y

tu figura, de dueña soberana, me cautiva-

ron. Dentro de este hogar no había para mí

RAFAEL.- más que el ama. El enfermo no era el mari-

RAFAEL.- do. Era... el enfermo nada más; y yo, que

venía a curarle, cuanto más venía, más sentía que en mi pecho se alzaba mi pasión hacia ti. Y, como ahora, no encontraba el momento de irme; y no era por él... Era por ti... que ya me esclavizabas.

(Besándole las manos) ¡Oh! Isabel! Si tú me dejases... ¡no sé qué sería de mí!

ISABEL.- (Pasándole la mano por la cabeza)

Y, ¿por qué he de dejarte, criatura? Esto ya ha comenzado. Puede evitarse el primer beso... Después, los labios se acostumbran y entonces... (Voluptuosa) El está lejos... Esto, tan nuestro, no es de ahora...

(Ofreciéndole sus labios)

¿Quién puede torcer una pasión?

RAFAEL.- (Besándola con apasionamiento) ¡Vida mía!...

(El beso es largo. Una pausa. Después se oye un claxon. En seguida, voces que dicen: "¡Isabel! ¡Isabel! ...! ¿Dónde está Isabel?...". Ella vuelve a la realidad: pasa la mano por sus ojos, reaccionando.)

RAFAEL.- ¿Quiénes serán?

ISABEL.- De seguro, Margot y Rosa.

RAFAEL.- (Que ha ido al mirador) Sí; pero, con ellos,

viene un joven.

ISABEL.- este es (Que también acude al mirador) ¿Quién?

RAFAEL.- ¿No le conoces?

ISABEL.- No... Mira... Me voy al cuarto a echarme una bata. Mientras tanto, recíbelos tú.

(Hablando para sí al hacer mutis)

¡Qué locura!... ¡Qué loca!

(Se va por la gran sala de la derecha. Suben desde el exterior MARGOT, ROSA y JAVIER. Ha escrito un

MARGOT.- (Todavía dentro) Sabemos el camino... Ya la

encontraremos... tantas páginas. ¡Mí craso,

Rafael, (Ahora entrando. Rafael, en tanto,

se ha limpiado los labios con su pañuelo.)

ROSA.- ¡Oh! Rafael... El resignado Rafael...

MARGOT.- ¿Cómo estás? Un sentimental.

RAFAEL.- Bien. ¿Y vosotras?

ROSA.- ¿Isabel? Nos han dicho que estaba por aquí.

RAFAEL.- Ahora saldrá. ¿Sentimental? Te digo que no lo

ROSA.- Javier: te presento a nuestro amigo Rafael.

MARGOT.- No, no. Hay que hacer bien las presenta-

JAVIER.- ciones. Don Ra...fa...el... ¿Eh? Don Ra-fa-

MARGOT.- el. ¿Qué más? Bueno, me es igual. Con el

RAFAEL.- Don basta y sobra. Porque has de saber que esta personita es nada menos que el médico

ROSA.- de Salto de Cabra. Admirado por todo el

RAFAEL.- mundo; y un castigador, como todos los médicos jóvenes. Y este es Javier... Javier

MARGOT.- Solá. No se merece el Don, porque aún no le admiramos.

(Los dos hombres se estrechan las manos.)

ROSA.- Pero le admiraremos pronto. Ha escrito un libro sobre el amor. ¡figúrate!

MARGOT.- Un libro de doscientas páginas. ¿Tú crees,

MARGOT.- Rafael, que el amor da materia para tanto?

RAFAEL.- Yo creo que sí.

ROSA.- (Riendo) ¡Uy, Rafael! ¡Cómo te veo! Siempre has sido un sentimental.

MARGOT.- No lo creo.

ROSA.- ¿Por qué?

MARGOT.- Médico y sentimental? Te digo que no lo creo. Lo que es Rafael es un Don Juan epedernico, maestro en la ciencia del amor.

JAVIER.- ¿Tanto la practica?

MARGOT.- Eso no lo sabemos.

RAFAEL.- Decid lo que queráis... Estas confunden el amor con la ilusión.

ROSA.- No todas.

RAFAEL.- Tí, no. Ya lo sé. Pero Margot ve siempre la vida de color de rosa.

MARGOT.- ¿Crees que no soy apasionada? Pues lo soy.

ISABEL.- Lo que ocurre es que todavía no he tropezado con mi hombre. Pero... ¡ya verás cuando le encuentre!

JAVIER.- ¿Quieres hacerme caso? No te apasionas nunca. A los hombres no les gustan las mujeres apasionadas.

MARGOT.- Pero, a nosotras, los hombres apasionados, sí.

ROSA.- Tenemos esa suerte.

JAVIER.- Y nosotros, esa desgracia.

MARGOT.- Todos (Risas. Vuelve ISABEL. Se ha pres-
to una magnífica bata japonesa,
ISABEL.- Pero... (que realza aún más su gentil fi-
gura. Margot es una chica a quien
(no basta ser moderna, sino que que-
rría ser ultramoderna; y como tie-
ne 22 años, y es muy bonita, todo
le cae bien. Rosa no es una cabe-
za destornillada como su amiga.
ISABEL.- (Más juiciosa y sensata que ella,
(merece más la confianza de Isabel
MARGOT.- Verás (y es también más elegante que Mar-
got. Su edad: 25 años. Javier es

ISABEL.- (un mozo de 30 años cumplidos. Bien plantado. Acaso no ríe nunca. De temperamento más bien frío. No habla mucho; pero, cuando habla, es un poco irónico.)

ROSA.- Isabel... Isabel...

MARGOT.- ¡Dichosos los ojos!... (Se abrazan)

ROSA.- Siempre, recordándote.

ISABEL.- Y yo, a vosotras.

(Isabel se fija ahora en Javier)

ROSA.- ¡Ah! ¿No le conoces? Javier Solá. Le hemos pedido que nos acompañase. Luis tiene aún el coche destrozado. Y si no hubiese sido por él...

ISABEL.- (Dándole la mano) Agradecida, Javier. Gracias a usted, puedo saludar a mis amigas.

JAVIER.- Y, gracias a ellas, he podido conocer a usted. Así que...

MARGOT.- Todos contentos. (Risas)

ISABEL.- Pero... sentaos...

(Se sientan las dos amigas. Los demás permanecen de pie en el fondo.)

MARGOT.- Sólo estamos aquí de paso.

ISABEL.- ¿Dónde vais?

MARGOT.- Verás: vamos a Montserrat.

ISABEL.- (Extrañada) ¿A Montserrat, vosotras? No lo

ISABEL.- puede creer. (Pulsa un timbre)

MARGOT.- Sí, sí... Es una promesa de ésta.

ISABEL.- ¿Tuya? es, si se cree en el

ROSA.- Déjala que diga.

ISABEL.- ¿En qué? (Llega MONSA. Isabel le dice unas palabras en voz baja. La Concellista retira la bandeja y las copas. Mientras tanto, Margot continúa:)

JAVIER.- usted lo

MARGOT.- Prometió subir hasta allí arriba; pero no como esos penitentes, que suben con los pies descalzos o de rodillas... Rosa, no; es más práctica. Subará en auto.

(Monsa se va)

ROSA.- (Que ha observado a Monsa)

ISABEL.- Y luego me quedo admirada. ¡Tienes hasta camarera!

ROSA.- A buen seguro que este no sería conien-

ISABEL.- ¡Qué vas a hacer! Es una brizna, al menos, del pasado.

(CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW)

(Javier se ha fijado en varios pequeños detalles de la casa, y comenta con Rafael. Isabel se aproxima.)

JAVIER.- Acá todo está dispuesto y colocado a la orden.

ISABEL.- Olerá usted a naftalina. ¿verdad?

(Javier sonríe) ¡Si que la huele!

ROSA.- toco ping

ROSA.- ¡Hay que conocer a éste! Es un hombre práctico; uno de esos que creen que venerar las

cosas pasadas es perder el tiempo.

ISABEL.- (Interesada) ¿Usted lo cree?

JAVIER.- Sin duda.

RAFAEL.- Entonces, si no cree en el pasado, ¿en qué cree?

ISABEL.- ¿En qué ha de creer? En el futuro, ¿verdad?

JAVIER.- Usted lo ha dicho. En el futuro. Yo creo que un hombre solo ha de vivir para alcanzar aquello que aún no tiene. Para mí, la vida es un viaje... El pasado no cuenta; y el presente es... ¿cómo lo diría yo?... Es la sala de espera.

RAFAEL.- ¿Usted es un materialista?

ISABEL.- Y tiene razón para serlo...

ROSA.- ¿Buena seguro que éste no viviría contento en esta casa. ¿Me engañó o no?

ISABEL.- ¿Me engañó o no?

(Sale MONSA con una botella de licor y las copas correspondientes.)

ROSA.- ¡No puede! (Coloca todo en una mesa y llena las copas. El diálogo continúa.)

MARGOT.- ¡Será por estar frío!

JAVIER.- Aquí todo está dispuesto y colocado a la antigua.

ROSA.- Todo pide aquí miriñaque y casaca.

ISABEL.- En realidad, tenía razón. ¡Somos nosotros

tan diferentes de todo esto! Hasta en las costumbres. Aquí todo el mundo está catalogado. Hasta los palcos del jardín.

MARGOT.- ~~¿Qué dices ahora?~~

ISABEL.- ~~Lo que siento.~~ Estos pobres animalillos,

ROSA.- aunque los dejasen volar, se han acostum-

ISABEL.- brado tanto a su nido... ¡que no hay temor de que se escapen! Y si algunos ahora quisiesen intentarlo, no sabrían.

MARGOT.- ¡Hija! (Monsa ha servido y se retira. Las dos amigas beben. Isabel ofrece, primero, una copa a Rafael y luego a Javier, que se ha fijado en el piano.)

JAVIER.- Gracias. Un piano antiquísimo... Lo tendrán para que haga bonito... Porque no

ISABEL.- creo...

ISABEL.- Si, señor. Créale usted. ¡Algunas veces tocan en él!

ROSA.- ¡No puede ser!

MARGOT.- ¡Será por meter ruido!

JAVIER.- (Teclando un poco en él) Para mí un pia-

ISABEL.- no viejo, con las cuerdas que ya no vibran, es un chisme inútil. Es como un cuerpo que ocupa un lugar que no le pertenece.

- ISABEL.- Yo no me lo explico... Porque me habían dicho que usted es un espíritu moderno.
- ROSA.- ¿De tu marido, qué? ¿Saldrá pronto?
- RAFAEL.- Verdad. Nadie que me conoce puede explicar esto.
- ISABEL.- ¡Yo qué sé! ¡No has dicho nada a Margot?
- ROSA.- No. Te juro que por mí no lo sabe nadie.
- RAFAEL.- Isabel toca muy bien el piano.
- ROSA.- ¿Y éste, no lo puedes tocar?
- ISABEL.- ¡Jamás! ¡No he podido jamás!
- (Dacídida) ¡Haré que se lo lleven!
- ROSA.- ¡Y harás muy bien!
- MARGOT.- ¡Hija! Yo no sé cómo puedes vivir en este archivo de recuerdos...
- ISABEL.- ¡La mujer de las horas ideales!... Pues ya (Han terminado de beber. Vuelven me conoc (las copas a la bandeja. Una pau- (sa. Isabel, que quedó pensativa, y ahora (dice ahora: "horas tristes... sin
- ISABEL.- Doctor: ¿quiere acompañar al jardín a Margot?
- ROSA.- La otra vez te llevaste un canastillo de fresas. ¿Te acuerdas? Ahora no las hay.
- ISABEL.- Pero hay rosas; muchas rosas... y como sé que te gustan, te diría yo... como dos ríos
- MARGOT.- Mucho. ¿están muy distanciados? Ya cada uno
- ISABEL.- Por éso. Andad; que nosotras bajamos en seguida.
- JAVIER.- ¿Confidencias? en el fondo no pasa nada.

ISABEL.- Acaso, sí. (Acompañados por Rafael, bajan al jardín Margot y Javier.)

ROSA.- ¿Y de tu marido, qué? ¿Saldrá pronto?

ISABEL.- ¡Yó qué sé! ¿No has dicho nada a Margot?

ROSA.- No. Te juro que por mí no lo sabe nadie.

En Javier me ha extrañado. ¡Ha hablado de una manera!...

ISABEL.- ¿Y tú no lo dices? ¿A qué no lo conoces?

(Isabel no contesta)
Tenía gran interés por conocerte. Le han hablado mucho de Isabel... "la mujer de las horas ideales", como te llamaban.

ISABEL.- ¡La mujer de las horas ideales!... Pues ya me conoce. Las horas ideales han pasado, y ahora sólo vivo las horas tristes... sin sol. ¡Horas de renunciamiento!

ROSA.- No te tortures. Acaso este contratiempo de tu marido haga que te aproximes más a él.

ISABEL.- ¿Qué dices? ¡Imposible! ¿No comprendes que... somos... cómo te diría yo... como dos ríos que corren muy distanciados? Ya cada uno de nosotros tiene el camino perfectamente trazado, y nos deslizamos suave, sosegadamente, como si en el fondo no pasase nada.

Pero un día puede surgir la tempestad y...
partes! (Se pasea, agitada)

ROSA.- Si la temes, procura vencerte a ti misma.

ISABEL.- ¿Y... cómo?

ROSA.- (Subrayando con el gesto la palabra
¡Resignándote! (Se cubre el rostro))

ISABEL.- ¿Y tú me lo dices? ¿Es que no me conoces?
¿No sabes que la resignación no se hizo pa-
ra mi temperamento? Aunque quisiese, no po-
dría. (Se sienta a su lado)

Hace dos años que estoy casada. ¡Dos años,
Dios de mi vida! Y nadie ha parado mientes
en nada. Pero yo sostengo conmigo misma una
lucha terrible. Todavía cuando, ^{por las} ~~mañanas~~
me despierto, me cuesta acostumbrarme a la
idea de que me hallo en una casa que no es
la mía... Y esa es la nube negra que me ator-
menta. No sabré acostumbrarme nunca... ¡nun-
ca! (Se levanta) ¡Tú no sabes la repug-
nancia que me causa el aire que a bocanadas
respiro! (Se cubre el rostro con las manos)
¡Oh! Y pensar que este aire también lo ha
viciado otra persona!... ¡Una persona que

... tienes al lado y a quien, a la fuerza, so-
portas!

ROSA.- Entonces, el día de tu casamiento, fué pa-
... esta. Yo no sé si quiere al amo porque to-

ISABEL.- ra ti muy triste...

ISABEL.- ¡El más triste de mi vida!

(Horrorizada por el recuerdo)

¡Todavía siento el frío que me produjo el
anillo del matrimonio!

ROSA.- Veo que odias a tu marido.

ISABEL.- Tú lo has dicho: ¡le odio! ¡le aborrezco!

Tengo odio a las personas y a las cosas.

Tengo odio, sin que lo merezca, a esa po-

bre vieja, porque forma parte del alma de

la casa. Aborrezco a esa gatita mansa de Ma-

ría Luisa que, por honestidad o por lo que

sea, no se atreve a decir a mi pobre Enri-

que que está enamorada. ¡Ay, si yo lo pu-

diera decir!... en libro.

JAVIER.- ¡El año (Sube desde el jardín MARIA LUISA.

MARBOT.- (Desde (Trae unas rosas. Saluda con una in-
(clinación de cabeza y coloca las

ROSA.- Ya baja (ca un libro sobre el piano. Lo es-

(cuenta. Se da cuenta entonces de

(que el piano está abierto. Lo cie-

(rra. Pone derecho un retrato de la
pared. Arregla los candelabros que

(Hay sobre el arca. Saluda nuevamente y hace mutis por el corredor de la primera derecha.)

JAVIER.- No la vi.

ROSA.- ¿Es esta la rival?

ISABEL.- Esta. Yo no sé si quiere al amo porque venera el hogar... o venera el hogar porque quiere al amo. Para el caso es igual. Ya lo has visto. A pesar de no estar él, le trae las flores, como antes... Yo no había advertido que aquel cuadro estaba mal colgado, ni que aquellos candelabros no ocupaban su sitio... ni que el piano quedó abierto. Pero ella... es como la Abuela. ¡Vive para la casa!

ROSA.- Y la casa es ^{la} principal enemiga ~~de~~.

(Vuelve JAVIER. Trae una rosa en el ojal.)

JAVIER.- Isabel... Rosa... ¿No bajan?

ISABEL.- ¡Oh! Sí... En seguida. Amigo Javier: ya voy leyendo en su libro.

JAVIER.- ¿El mío?

MARGOT.- (Desde abajo) ¡Que es tarde!

ROSA.- Ya bajamos, ya...

(Se va. Isabel permanece pensativa
(va. Maquinalmente saca un cigarrillo.
(Ilo. Javier se aproxima para ofre-

(cerle fuego, y le dice poco a poco

JAVIER.- No lo piense más; que el pensar envejece.

ISABEL.- Ha dicho usted que el pasado nos ahoga.

¡Con cuanta razón!

JAVIER.- (Cogiéndola por un brazo)

¿Entonces?

ISABEL.- Entonces... hay que arrinconar todo aque-
llo que nos lo recuerda demasiado... ¿No
te parece?

(Se miran. El dice que "sí" con la
cabeza. Y se dirigen ambos hacia
el mirador.)

TELON.



(Al levantarse el telón, las Car-
monicas están en el mirador, en-
cabadas por lo que van en el jar-
dín.)

JULIETA.- Se significa... significa... ¿Verdad, Ju-
lia?

JULIETA.- Verdad, Mercedes.

MERCEDES.- ¿Qué suena más fuerte Isabel comprando un
auto?

JULIETA.- Como todas las mujeres bellísimas!

(Sube MERCE, desde el interior; y, detrás de ella, el CHOFER.

MERCE.- Por aquí SEGUNDA PARTE. en los alfombras.

¡Habrá ~~un~~ Isabel; si los en-

Nos encontramos en la misma sala de la casa de los Sureda. Pero la vemos totalmente cambiada.

MERCE.- ¿De el vestido para la procesión?

Los muebles antiguos desaparecieron y los han sustituido otros modernos. Tampoco está el piano, que

MERCE.- Si, Dona Isabel se lo sacó en Barcelona. Como lo estará!

tanto torturaba a Isabel. Las lámparas han sido cambiadas; y las paredes, nuevamente pintadas en tonos

claros. Los retratos también fueron retirados y en su lugar figuran cuadros modernos de bellísimos marcos. Sólo fué respetado el retrato de Federico Sureda. La acción, al caer la tarde.

MERCE.- ¿Verdad, Mercedes?

MERCE.- Verdad, Julita. Nadie.

JULITA.- No olviden (Al levantarse el telón, las Cere-

(monjas están en el mirador, en-
(bebadas por lo que ven en el jar-

da. (día.

MERCEDES.- Es magnífico... magnífico... ¿Verdad, Ju-

JULITA.- lita? ¡Si pudieras verla! ¡Pobre hermano!

JULITA.- Verdad, Mercedes. ISABEL por el mirador y,

(al mismo tiempo, vuelve a salir

MERCE.- ¡Qué buena idea tuvo Isabel comprándose un

ISABEL.- auto! días, ¡Ah! Cipriano, llévate el

JULITA.- Como todas las suyas: ¡atinadísima!

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

- CHOFER.- (Sube MONSA, desde el interior; y, detrás de ella, el CHOFER.)
- MONSA.- Por aquí... Cuidado con las alfombras.
¡Habrá que oír a Doña Isabel, si las mancha! (El chófer trae una gran caja, grande (mo de modista.)
- MERCE.- ¿Es el vestido para la procesión?
- MONSA.- Sí. Doña Isabel se lo encargó en Barcelona.
- JULITA.- ¡Cómo le estará!
- JULITA.- (Hacen mutis Monsa y el chófer por (la puerta grande de la derecha.)
- ISABEL.- No ha regateado en nada. El pendón es una joya.
- MERCE.- Ya lo creo. Una verdadera joya.
- JULITA.- ¿Quién habría podido hacer todo esto? Nadie. ¿Verdad, Mercedes?
- MERCE.- Verdad, Julita. Nadie.
- JULITA.- No olvides que es la mujer del hereu Sureda.
- MERCE.- ¡Pobre hermano! ¡Si la pudiese ver!
- JULITA.- Verdad. ¡Si pudiese verla! ¡Pobre hermano!
- (Aparece ISABEL por el mirador y, (al mismo tiempo, vuelve a salir (el CHOFER.)
- ISABEL.- Buenos días. ¡Ah! Cipriano, llévate el auto a la otra parte del jardín.

CHOFER.- Bien, señorita. (El Chofer hace mutis)

JULITA.- ¡Oh, Isabel!

MERCE.- Estamos encantadas.

JULITA.- ¿Nos llevarás a Barcelona algún día?

ISABEL.- Cuando queráis.

(Julita está un poco excitada. Por el mirador entra MARIA LUISA con un libro en la mano.)

MERCE.- Tendrás que vestirte para la procesión.

JULITA.- ¿Quieres que te ayudemos?

ISABEL.- Si acaso, ya os avisaré.

JULITA.- ¡Oh! ¡Qué impaciencia tengo por verte!

MERCE.- ¿De qué color es?

JULITA.- Negro. De seguro que es negro, ¿verdad?

MERCE.- Y la mantellina, ¿también es negra?

ISABEL.- (Un poco nerviosa) También.

MERCE.- En el jardín, todavía hay claveles.

JULITA.- ¿Vamos a cogértelos?

ISABEL.- Más tarde. En el último momento.

LAS DOS.- (Al mismo tiempo) Como quieras.

ISABEL.- (Antes de hacer mutis) ¡Ah! ¿Sabéis qué

quería el doctor?

LAS DOS.- No...

MA LUISA.- Yo, sí. Estaba nervioso. Ha preguntado

MERCE.- por usted: si aún no había vuelto de la ciu-

JULITA.- dad.

ISABEL.- ¡Ah!... Bueno, pues... ya he llegado. Si

MERCE.- quiere algo, ya sabe donde estoy.

Pero, Ju. (Se va por la sala de la derecha)

JULITA.- ¡Qué contenta está! Lo comprendo, lo com-

Ma LUI.- prendo.

MERCE.- ¿Qué comprendes?

MERCE.- Creo que (Julita habla al oído de su herma-
na. Esta se asusta.

¡Julita!...

JULITA.- (Avergonzada) Mercedes...

MERCE.- ¿Qué cosas se te ocurren, hermana!

Ma LUI.- ¿Y la Abuela?

MERCE.- Hoy está mejor, gracias a Dios. Creemos
que saldrá hasta la balconada para ver la
procesión, que, como sabes, ahora llega
hasta el final del término.

Ma LUI.- Y vosotras, ¿no iréis?

MERCE.- ¡Sí ya estamos vestidas! ¿Verdad?

JULITA.- (Como un eco) Sí; ya estamos vestidas.

MERCE.- ¿Y tú?

Ma LUI.- No puedo dejar a la Abuela.

MERCE.- ¡Ah! claro.

JULITA.- Claro es. Primero es la devoción que la obligación.

MERCE.- (Corrigiéndola, aunque con suavidad)

MERCE.- Pero, Julita...

JULITA.- ¡Ay, sí!... Quise decir al revés.

M^a LUI.- Y los retratos que aquí había, ¿dónde los colocarán?

MERCE.- Creo que en el corredor; y algunos, en nuestra alcoba. (Pausa)

M^a LUI.- (En voz baja y confidencial) La Abuela todavía no vió la sala.

JULITA.- Por éso nosotras se lo hemos contado todo.

M^a LUI.- ¿Vosotras? ¿Y no teméis que cuando la vea..

JULITA.- Está bastante bonita...

MERCE.- Verás como a Enrique, cuando vuelva, le gusta más.

JULITA.- Estos cuadros son también bonitos.

MERCE.- Lo que me gusta es que no quitarán éste.

JULITA.- A mí también.

MERCE.- ¡Se parece tanto a nuestro hermano!...

JULITA.- Y que, además, ¡el marco es tan bonito!

M^a LUI.- (Que no puede resistir más) ¡Es increíble!

¡Increíble! los antepusieron a suoblecer es-

JULITA.- ¡María Luisa!... ¿Qué es increíble?

MERCE.- Habla... Hasta el piano, el viejo piano que

MA LUI.- Pero, ¿lo aceptáis así, con esta pasividad?

LAS DOS.- ¿Qué quieres decir?

MA LUI.- Os deshacen la casa... os ponen muebles que

no son los vuestros, ¡y vosotras lo encontráis bien!

Pero, ¿no sentís sangre en las

venas? ¿Tenéis el corazón dormido? ¿No veís

que estos muebles no son los vuestros; que

los de la familia, los de la casa, los han

arrinconado como trastos viejos... que no

servirán ya más que para encender la lumbre!

MERCE.- Julieta...

(Las Hermanas permanecen boquiabiertas,

JULITA.- Mercedes, sin saber qué decir.

Y todo, ¡todo!, se ha hecho obedeciendo al

capricho y a la frivolidad de una advenediza.

RAPAZL.- ¿Vino Isabel, verdad?

za.

MERCE.- Sí.

JULITA.- ¿Una advenediza? ¿Por qué dices eso?

RAPAZL.- ¿Dónde está?

MERCE.- ¡Jesús, Jesús!

MERCE.- La su cuarto.

MA LUI.- Pero, no... ¡no! La casa no se deshará.

Volverán los muebles antiguos... los mue-

bles de los viejos Surca. Volverán los re-

gado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

RAFAEL.- tratos de los antepasados a ennoblecer estas paredes; ~~volvamos a ver la figura de~~ ~~Tea~~. Hasta el piano, el viejo piano que tocaba la Abuela, estará de nuevo entre nosotros... y lo verá todo el mundo, ¡todo el mundo! Ahora esto, ni para mí, ni para la Abuela, es el antiguo hogar. Esto es una cripta; una nave desolada. Y cuando alguien habla o llora, parece que resuenan las palabras y las lágrimas.

JULITA.- Ahora... (Calla, vencida por el llanto. Las Hermanas, que han comprendido lo que María Luisa ha dicho, murmuran, más que dicen:

MERCE.- Julita...

JULITA.- Mercedes...

(Un breve silencio. Por el mirador llegan RAFAEL y PEDRO PUIG.

RAFAEL.- ¿Vino Isabel, verdad?

MERCE.- Sí.

RAFAEL.- ¿Dónde está?

MERCE.- En su cuarto.

(El médico, impulsivo como siempre, se dirige rápidamente hacia la derecha. Gran sorpresa en las ceremoniosas y en María Luisa. Pedro aquel se da cuenta y, deteniéndose, dice:

RAFAEL.- Saldrá pronto, ¿no? Porque el señor Al-
calde es la desesperación, que quiere decir
calde la espera.

RAFAEL.- (Con su libro y se va.)
(María Luisa, impresionada, reco-
ge su libro y se va.)

PUIG.- Por mí, que no tenga prisa. Tenemos tien-
po! La procesión sale a las seis y todavía

MONSA.- no han dado las cinco. (A las Ceremoniosas:

RAFAEL.- ¿Y hace rato que vino?

MERCÉ.- (Un poco extrañada por el nervio-
(sismo del médico.

MONSA.- Sí.
Muy poco.

RAFAEL.- (Mientras que se llagado.

JULITA.- Ahora mismo.

(Las Ceremoniosas hacen ruido con Monsa
(Las Ceremoniosas se miran)

PUIG.- Déjenla. Doña Isabel es una señora, muy
señora... y se pondrá de veinticinco al-
fiteres, como si lo viera. (Se sienta) Yo

mismo, -que ya me conocéis,- a pesar de mi

RAFAEL.- manera de pensar, estreno traje nuevo. Lo

PUIG.- hago por-que me han dicho que el otro Al-
calde también lo hacía. Y, es claro: ¿qué
ha de hacer una autoridad? Yo, particular-
mente, soy laico; no me he ocultado nunca..

Pero soy Alcalde. Y el Alcalde que es Al-
calde, aunque laico, ha de estar a partir

un pinón con los sacerdotes del pueblo.
Este es la democracia, que quiere decir
convivencia... ~~y etcétera etcétera~~ ¿No le parece, don Rafael?

RAFAEL.- (Que estaba preocupado) ¿Eh? ¡Ah, sí!...

Es claro. (Sale MONSA de la sala grande)

¿Viene la señorita?

MONSA.- Dentro de un instante. (A las Ceremoniosas:

Les ruego que vayan un momento.

LAS DOS.- ¿Nosotras?

MONSA.- Sí.

RAFAEL.- Díganle que he llegado.

(Las Hermanas hacen mutis con Monsa)

PUIG.- Ahora que estamos solos, le diré una cosa.

Dona Isabel se ha equivocado. No ^{es} ~~la~~ ha gustado ni poco ni mucho; ni menos aún lo sabrán reconocer...

RAFAEL.- ¿Qué?

PUIG.- ¡Esto, hombre, esto! Esto de cambiar los

muebles. ¡Uy!... Son muy aferrados a lo

suyo en este pueblo. ¡Si lo sabré yo! Mi-

re usted. Yo quería limpiar la cara del sa-

lón de sesiones... modernizarlo un poco.

Pues el Ayuntamiento en pleno se opuso; y

PUIG.- por poco me cuesta la dimisión. No puedes cambiar una cosa a tu gusto; ¡tiene que ser a gusto del que la ve! ¡Uy! Si no fuese por los demás, esto de gobernar sería un camino de rosas.

(Llega por el mirador DON MAGIN.
(Viene agitado, nervioso. Al entrar, no puede ocultar que le contraría la visita del Alcalde.)

¡Oh! ¡El boticario! ¡Nuestro simpático boticario! ¿Habrá usted puesto ya colgaduras en sus balcones, ¿eh? Porque la procesión me parece que pasa por allí.

MAGIN.- Para colgaduras estoy yo. ¡Si supiesen ustedes lo que ha pasado!...

RAFAEL.- ¿Qué?

PUIG.- Me asusta usted. Es que...

MAGIN.- ¡Nada de "esques"! Sencillamente, que el

RAFAEL.- chico de los Canela ha muerto.

RAFAEL.- (Impresionado) ¿Cuándo?

MAGIN.- Hará justamente una hora.

PUIG.- Pues sí que... Un regidor menos en la procesión. Porque el padre es regidor, ¿saben?

RAFAEL.- Pero, ¿no decían que habían ido a buscar otro médico?

PUIG.- ¡Vaya por Dios! Irse a morir hoy, justamente hoy, en que las campanas tocan a fiesta. Tendré que hacer algo... Por lo menos, cambiar el itinerario. No puedo permitir que la procesión pase ante la

RAFAEL.- casa mortuoria. El dolor, la desgracia, de un regidor ha de respetarse... Voy ahora mismo; voy... Y, no sólo como amigo, sino como Alcalde. Voy a darle el pésame en nombre de todo el Ayuntamiento. Lo puedo

MAGIN.- y lo debo hacer. Le ruego que diga a Doña Isabel que volveré a buscarla.

RAFAEL.- (Al irse, agrega en voz más baja:)

MAGIN.- Y no le hablen del muerto. ¡La buena señora es tan sensible!... evite la sala de nie

... Y ... (Mutis por el mirador) ha pedido un

RAFAEL.- (Inquieto) Pero dígame... El Doctor Romeu, ¿no ~~lo~~ pudo salvar ~~te~~ ?

MAGIN.- ¡No, ha podido! No, señor, no ha podido. Llegó tarde... Esta es la palabra: ¡llegó tarde!

RAFAEL.- (El médico se deja caer en una silla.)

¡Y usted sabe por qué llegó tarde!

MAGIN.- Una pausa

Usted... que hace tiempo que no se cuida de los enfermos... Tiene otras ocupaciones... La gente lo ve y murmura... ¡Y con razón!

RAFAEL.- ¿Razón, por qué?

MAGIN.- ¡Hombre, usted me dirá! Por fortuna para usted, la pequeña de los Ribot se ha salvado. Pero... ¡hay cada caso!... Usted no es el mismo, don Rafael.

RAFAEL.- ¿Qué quiere usted decir?

MAGIN.- ¡Si lo sabe usted mejor que yo!

RAFAEL.- (Violento) ¡Acabemos de una vez!

MAGIN.- ¡Uy! ¡Qué nervioso está el señor Doctor!

RAFAEL.- El hombre ha de saber evitar la bola de nieve. Y usted, en este caso, no ha sabido evitarla. ¡Y la bola de nieve le asfixiará!

(Dando vueltas a la boina)

Piense que el bueno de Enrique puede salir de un momento a otro.

RAFAEL.- (Yendo a él, rápido) ¿Qué? ¿Qué piensa usted? No es verdad, ¿eh? ¡No es verdad!

(Le pone la mano al cuello)

MAGIN.- Me ahoga... ¡Me ahoga!...

ISABEL.- (Aparece ISABEL seguida por las CEREMONIOSAS.)

ISABEL.- ¡Qué es ésto? ¡Con Don Magín!... ¡Y ahora!

(El pobre hombre ha quedado jadeando. Sob(te. negro resaca) larca más.

RAFAEL.- (Que, no por soltarle, ha cedido en su indignación.)

ISABEL.- ¡Salga! ¡Salga de aquí ahora mismo! ¡No qui

JULIYA.- ró verle!

ISABEL.- Pero, si el pobre hombre... por el mirador.

RAFAEL.- (Fuera de sí) ¡No me contradigas!

(Las Ceremoniosas acusan el tono y

(las palabras. Mercedes habla al

(oído de su hermana, y ésta hace)

(signos afirmativos. Isabel perma-

(nece impassible. Después de una pau-

(sa, dice:

ISABEL.- Váyase, Don Magín. Hoy el Doctor está ner-

(¡No sabes ni comenarte los nervios! ¡Es

vioso y no sabe lo que se dice. ¡Verdad,

¡increíble! (Breve silencio) ¡Vágan sí!

Don Rafael? (Otra vez a Don Magín) Váyase;

(¡Qué habrán pensado las señoras! ¡Eres un

será mejor.

(El Boticario intenta recoger del

RAFAEL.- (Impulsiv(suelo la boina, que se le cayó; per

(ro no puede. Isabel la coge y se

(contesta (la da. se vuelve la espalda y

(va al mirador.)

MAGIN.- Gracias.

(Si no tuviera nada que le atrajera allí

(Y después de lanzar al médico una

(rencorosa mirada, hace mutis por

(al mirador.)

ISABEL.-

(A las Hermanas, con mucha naturalidad, como si no pasase nada.)

¿No queríais buscarme unos claveles? Pues... cuando queráis. Y, si pueden ser rojos, mejor. Sobre el negro resaltarán más.

ISABEL.-

(Las Ceremoniosas permanecen de pie, sin moverse.)

ISABEL.- ¡Vamos! ¿Es que ya no queréis?

JULITA.- Sí...

MERCEDES.- Sí... (Las dos hacen mutis por el mirador. Como habrá podido suponerse, Isabel está ya vestida para ir en la procesión. Recuerda su traje los de la capital, por Semana Santa.)

ISABEL.- ¡Esto no puede ser, Rafael! ¡No puede ser!

(El calla. Isabel está nerviosa)

Con unas palabras lo has hundido todo!... ¡No sabes ni dominarte los nervios! ¡Es increíble!. (Breve silencio) ¡Virgen mía! ¿Qué habrán pensado las mellizas? Eres un niño, un colegial. Nada más que éso.

RAFAEL.- (Impulsivo) ¿Por qué vas tanto a Barcelona?

¡Contesta!. (Ella le vuelve la espalda y va al mirador.)

RAFAEL.-

Si no tuvieras nada que te atrajese allá abajo, nonirías lo que vas.

querer. (Ella vuélvese entonces rápida, con el rostro encendido. En este momento, pasa BATISTETA. Ha salido cantando y, al ver a la pareja, se amudece. Saluda y desaparece por la puerta de la azotea. Había salido por la primera derecha. Con- tría, ella viene hacer constar que la chica es maliciosa.)

ISABEL.- Mira, Rafael... no nos quememos la sangre,

ISABEL.- que no es conveniente. Chillando no vamos a ningún lado. Ya una vez te dije que no me

RAFAEL.- gustaban los hombres celosos. Se enfurru- ñan por nada y se hallan a merced del primer mal pensado que encuentran. ¡Y eso es lo que yo no quiero! (Acercándose a él)

ISABEL.- Si pretendes continuar conmigo, has de ser

RAFAEL.- más frío, más reflexivo. Por suerte, las Mellizas tienen un solo cerebro para las dos, y cabe pensar que no entiendan de la misa la media... Pero ¡figúrate si llega a estar presente la Abuela!

(Rafael mueve la cabeza preocupado. (Las manos en/la butaca/ Después de (una breve pausa, murmura:

RAFAEL.- Eso que me pides tienes que hacerlo tú.

ISABEL.- ¿Yo?

RAFAEL.- Sí. Tú eres, de los dos, la que se deja

querer. (Otra pausa. Rafael pasa ahora lentamente.)

Yo soy un vehemente, lo reconozco; un apasionado. Tú eres todo lo contrario: sangre fría, cálculo... Te aburrías en esta casa y necesitabas quien distrajera tu aburrimiento.

ISABEL.- (Ofendida) ¡Rafael! No merezco que me digas eso.

RAFAEL.- ¡Si lo veo claro! He sido un inocente. Te he creído y he puesto en ti una ardiente pasión. Y ahora me espanta pensar a dónde de esta pasión pude llevarme.

ISABEL.- ¿Qué quieres decir?

RAFAEL.- Soy un ladrón que se ha expuesto por nada. Este desasosiego, esta angustia del corazón, ya no sé si es porque tú me engañas... o porque los dos engañamos al pobre Enrique.

ISABEL.- ¡Eres un cobarde!

RAFAEL.- Sí; soy un cobarde. Y lo soy, ¡porque se me ha despertado la conciencia!

ISABEL.- Pues... ¡vete y déjame!

RAFAEL.- (Cogiéndole las muñecas) ¿Eso quieres, ver-

PUIG. - ¿Deshacerte de mí? ¡Pero no lo conseguirás tan fácilmente! Porque...

(Por la puerta del corredor aparece con la ABUELA ROSARIO y MARIA LUISA RAFAEL? (SA. La Abuela está enferma: habla trabajosamente y se apoya en RAFAEL y MARIA LUISA. El grito del médico la sorprende. Maria Luisa, rápidamente, se apresura a comenzar la cena.)

M^{ra} LUISA. - La Abuela y yo creíamos que ya estaban en la procesión.

ISABEL. - Espero a las Hermanas, que fueron al jardín a cogernos unos claveles.

RAFAEL. - Y esperábamos al señor Alcalde, que volverá a buscarnos.

ABUELA. - Gracias. (La Abuela se sienta)

ISABEL. - ¿Cómo se encuentra, abuela?

ABUELA. - (Con frialdad) Muy abatida. Me vencen los años; poco estorbaré ya.

(Llega PEDRO PUIG)

PUIG. - (Jadeante) Cuando quieran, cuando quieran...

(Por la Abuela) ¡Oh, oh!... Vaya, vaya...

Esta doña Rosario es magnífica. ¡Y con muy buena cara!

ABUELA. - Si pudiera ver al nieto...

PUIG.- Le veré, le veré... Y no tardará mucho.

Yo echo de menos ya aquellas partiditas

de tresillo de los domingos. ¿Y usted, don

ISABEL.- Rafael? Creo que Don Enrique no me guardará rencor por haber sido yo el que... Y se ha-

JULITA.- rá cargo. Una cosa es el Alcalde y otra Pe-

MERCE.- dro Puig... el amigo Pedro Puig. ¿Julita?

ABUELA.- Tranquilícese, señor Alcalde. Enrique es un hombre de buensentido... Otras cosas son

ISABEL.- las que... (Se pone los labios) Lo que quería...

(Voces. (Salen las HERMANAS. Mercedes trae un ramo pequeño de claveles.

MERCEDES.- Aquí tienes los claveles.

ISABEL.- Gracias. (Se pone las flores. El Alcalde (la contempla, orgulloso.

ABUELA.- Dice la...

PUIG.- ¡Sin faltar detalle! Mantellina de seda...

traje negro... peineta alta... claveles

rojos... y etcétera, etcétera. No sé qué

LAS ROS.- llamará más la atención: si el pendón nuevo

ABUELA.- ó la que lo lleva. (Al médico) Usted ven-

LAS ROS.- drá, por supuesto. ¡El médico no puede fal-

ABUELA.- tar! ¿qué tardis?

RAFAEL.- ¿Usted cree? (ambas se miran)

PUIG.- Lo creo yo... ¡y el Consistorio en pleno!

JULITA.- (Timidamente) Las que no iremos seremos nosotras. (bueno las comprando)

PUIG.- (Extrañado) ¿No? en el corazón, ¿verdad?

ISABEL.- ¿No iréis? ¿Por qué? Me habíais dicho que me llevaríais los cordones...

JULITA.- No... No podemos.

MERCE.- No nos encontramos bien. ¿Verdad, Julita?

JULITA.- ¿Verdad, Mercedes? (Ambas hablan compungidas)

ISABEL.- (Mordiéndose los labios) Lo que queráis... ¡Vamos, que llegaremos tarde! (Y sin despedirse de nadie, des- arrear! (parece por el mirador.)

PUIG.- Hasta luego, Doña Rosario. (Bravo pausa)

ABUELA.- Dios, le gufe. no estoy bien. Se me clavan los huesos (El Alcalde y el Médico siguen a Isabel. Una pausa.)

(Gritos de las hermanas, dentro)
¿Es verdad que no estáis buenas?

LAS DOS.- Verdad...

ABUELA.- ¿Y las dos tenéis el mismo mal?

LAS DOS.- Sí, señora. trae un telegrama.

ABUELA.- Pues, ¿qué tenéis? lado este telegrama.

JULITA.- Tenemos... tenemos... (Ambas se miran)

MERCE.- No sabemos decirlo, pero...

JULITA.- No nos encontramos bien.

(La Abuela las comprende)

ABUELA.- Como una angustia en el corazón, ¿verdad?

(Las dos Hermanas contienen el llanto que está a punto de delatarlas.)

JULITA.- Bajaremos un poco al jardín...

ABUELA.- Como queráis.

(Ambas besan a la Abuela en la frente. Y calladamente, ahogando los sollozos, bajan al jardín.)

También ellas lo han comprendido. ¡Qué vergüenza! Y, mientras tanto, el pobre Enrique, consumiéndose allá abajo... ¡Qué horror!

Ma LUI.- (Acariciándola) Abuela... (Breve pausa)

ABUELA.- En esta butaca no estoy bien. Se me clavan los huesos.

(Gritos de las Hermanas, dentro)

MELLIZAS.- ¡Abuela!... ¡Abuela!... ¡Abuela!...

ABUELA.- ¿Qué querrán?

(Aparecen las dos Hermanas. Mercede trae un telegrama.)

MERCE.- El alguacil nos ha dado este telegrama.

JULITA.- Es un telegrama del Abogado.

ABUELA.- Dádmelo... Ábridlo...

JULITA.- (Lo rompe al abrirlo)

ABUELA.- No... no tengo las gafas. Toma... Léele tú,

MERCE.- María Luisa. (María Luisa lo hace) ¿Qué di-

JULITA.- ce? ¿Le espanta?

MA LUI.- (Con júbilo) ¡Oh, abuela! ¡Abuela!

ABUELA.- Pero ¿qué dice?

MA LUI.- Libertad, Abuela... ¡La libertad!

JULITA.- (Se abraza conmovida)

ABUELA.- ¡Dios del cielo! No pudiste darme mejor noticia!

MERCE.- (Que ha cogido el telegrama y lee)

"Dentro de quince días Enrique Sureda estará con ustedes"...

(Las dos Hermanas se abrazan)

¡Vuelve nuestro hermano a casa!

JULITA.- ¡Nuestro bonísimo hermano!

(La Abuela se ha quedado inmóvil. Como si ahora una idea trágica cruzase por su pensamiento, lanza un grito y se tapa la cara con las manos.)

ABUELA.- ¡Oh!...

MELLIZAS.- ¡Abuela! (Rápidas)

MA LUI.- ¿Qué tiene? ¿Qué le pasa?

MERCE.- ¿No está contenta con la vuelta del nieto?

JULITA.- ¿No esperaba este momento de alegría?

ABUELA.- ¡Me horroriza, me espanta este momento!

MERCE.- ¿Qué dice?

JULITA.- ¿Que le espanta?

Ma LUI.- ¿Por qué?

ABUELA.- ¿Qué pensará Enrique al encontrarse forastero en su casa? ¡Me horroriza!

JULITA.- (Que no entienda) ¿Forastero?

ABUELA.- ¿Y el pecado? ¿Cómo podrá ocultarse el pecado? (María Luisa abraza emocionada a la Abuela.)

Ma LUI.- ¡Abuela!...

(Ahora han comprendido todas)

JULITA.- Es cierto; pero...

MERCE.- ¿Quién le podrá decir?...

ABUELA.- ¡Todo! La tranquilidad, deshecha; la angustia nuestra... Y, sobre todo, el ambiente, ¡este ambiente helado que nos envuelve!

(Ha dicho esto temblorosa. María Luisa y las Hermanas se miran.)

JULITA.- ¡Pobras de nosotras!

MERCE.- ¿Y qué... qué haremos?

Ma LUI.- Callar... callar como unas sombras. Esquivar toda respuesta... ¡Vivir con los ojos cerra-

dos! ¡VAN CUMELLAS
(Se sienta en otra butaca)

MELLIZAS.- (Repitiendo la frase:)

Callar... callar como unas sombras.

ABUELA.- ¡Pero nada podrá ocultar el pecado!
(Rompe en sollozos)

TELON

ACTO TERCERO.

~~ACTO TERCERO~~
JUAN CUMELLAS

ACTO TERCERO

La acción transcurre al caer la tarde de un día frío y lluvioso de diciembre. Todo se halla como en el primer acto. Solo la chimenea está encendida. El fuego rojo llega hasta el centro de la estancia.

Al levantarse el telón, la ABUELA
ACTO TERCERO. La sentada en una butaca de
terceros, al lado de la chimenea.

ABUELA.- (Toma un fuelle pa-
ra avivar el fuego.)

ENRIQUE.- ¡Qué invierno más cruce se avocina, Abue-
la!

Cuando es fui, era un día lleno de sol...
Y ahora llevo dos en el pueblo, y el pícaro
no ha salido ni para darme la bienvenida.

(Pase la mirada por la escena)

ABUELA.- ¿Qué miras?

ENRIQUE.- Nada, nada... Pero...

ABUELA.- Habla...

ENRIQU.- Aunque no quiero, encuentro... no sé...

ACTO TERCERO cuando un hombre

bre de la en casa en pleno verano, y este

recuerda queda grabado en sus ojos juran-
la acción transcurre al caer la tarde

de un día frío y lluvioso de diciembre. Todo se

halla como en el acto anterior. Sólo la chimenea

está encendida y su resplandor rojizo llega has-

ta el centro de la estancia.

ABUELA.- Cierro. de la casa no se ha

nada. Por eso la encuentras cambiada. De-
(Al levantarse el telón, la ABUELA

se halla sentada en una butaca de
(brazos, al lado de la chimenea.

ENRIQU.- (Blande de todo corazón) ¡Claro es, Abuel!

(ENRIQUE SUREDA con un fuelle pe-
¡qué cos! ¡qué aviva el fuego. sólo los que-

ENRIQUE.- ¡Qué invierno más crudo se avecina, Abue-

la! de (Deja el fuelle y enciende ^{su} pi-
(pa.

Cuando me fui, era un día lleno de sol...

Y ahora llevo dos en el pueblo, y el pícaro

no ha salido ni para darme la bienvenida.

ENRIQU.- (Pasea la mirada por la escena)

ABUELA.- ¿Qué miras? sólo los días, y todavía está

ENRIQU.- Nada, nada... Pero...

ABUELA.- Habla!?. Enrique.

ENRIQU.- Aunque no quiera, encuentro... no sé...

¡No es verdad, Abuela, que cuando un hombre deja su casa en pleno verano, y este recuerdo queda grabado en sus ojos duran-

te meses, no es verdad que al volver a

ella y verla gris y brumosa, le parece,

-¡Dios me perdone!- que ha cambiado en algo?

ABUELA.- Cierto. ^{El aspecto} ~~El aspecto~~ de la casa no es la ^{el} mismo. Por éso la encuentras cambiada. Pe-

ro las personas sí son las mismas.

ENRIQU.- (Riendo de todo corazón) ¡Claro es, Abuela!

¡Qué cosas se dicen! Porque no sólo los muebles son los que hacen un hogar, sino el

amor de las personas. ¡Oh! Si ese amor

faltase, el hogar se derrumbaría.

(Llega MARIA LUISA por la derecha.)

(Trae una taza de caldo.)

MARIA LUISA.- Tome, señor Enrique.

ENRIQU.- ¿Qué me das? ¡Oh! No, no...

MARIA LUISA.- Lleva aquí sólo dos días, y todavía está muy débil.

ABUELA.- Tómalo, Enrique.

ENRIQU.- Vaya... (Toma la taza y bebe) Buena chica.
(La acaricia) ¡Estas cosas tan sencillas
le llegan a uno dentro!... ¡Buena chica!
¡Dios me ha escuchado!

M^a LUI.- ¿Por que, señor Enrique?

ENRIQU.- Porque le pedí con lágrimas en los ojos

ENRIQU.- que me dejase pasar estas Navidades con
vosotras! ¡Me espantaba la idea de pasar-
las solo!. Ahora las festejaremos más que
nunca.

M^a LUI.- ¿Y no podía hablar con nadie? ¿Siempre es-
taba solo?

ENRIQU.- Los primeros días, sí. Pero después...
¡Qué hombre aquel más extraño!

M^a LUI.- Cuente.

ENRIQU.- Era un desgraciado... Uno de esos vagabun-
dos sin oficio ni beneficio. Vivía solo...

ENRIQU.- aislado como una campana en su campana-

M^a LUI.- río. Ningún cariño alentaba en su cora-

ENRIQU.- zón. Miraba el girón de cielo que se veía
por una reja que había a rás del techo...
y, mirándolo, sonreía... Cantaba una can-

ción en una lengua que yo no entendía. Yo

le preguntaba: "-Buen hombre: si no tiene a esta chica sí que la encuentras cambiada. a nadie, ¿por qué canta? ¿Por qué mira al No es el pajarraco de antes. Debe de estar cielo con ese afán?" Y él me decía: "Por-

enemorado.
que el cielo es la inmensidad y yo soy un pájaro que vuela..."

ENRIQU.- Dierio, todo se ve de color de rosa. Pero,

Ma LUI.- ¿Vivía solo... sin nadie?

a pesar de verlo tan bonito, más de una

ENRIQU.- Sin nadie. Como la campana en el campana- vez las mismas ilusiones se destruyen y rio, ya te lo he dicho.

te envuelven como una hoja... y te arras-

ABUELA.- ¿Y te daba lástima, Enrique?

era hacia sus ojos. Necesos volver por-

ENRIQU.- Mucha lástima. Pero me confortaba al mis- que esta chica sea muy bella. (Pausa) mo tiempo, porque pensaba: "No puedes que-

Y a Isabel, ¿la has visto?

ABUELA.- No. (Otra pausa. Se mueve Enrique pa-

te abran las puertas de esta prisión encon-

ENRIQU.- traerás unos brazos que se te echen al cue- llo... y te dirán que la vida no torció

ABUELA.- para ti el camino".

ABUELA.- Y cuando saliste, ¿todavía estaba? repoco-

ENRIQU.- Sí... sus compañeras?

Ma LUI.- ¿Y qué te dijo entonces?

ENRIQU.- Nada. Cuando le dije que yo tenía quien me esperaba, volvió los ojos hacia la ven- tana... y empezó a cantar aquella canción

que yo no entendía.

(María Luisa recoge la taza y hace mutis.)

MARÍA LUISA.- (Yendo)

A esta chica sí que la encuentro cambiada.

ENRIQU.- No es el pajarillo de antes. Debe de estar enamorada.

ABUELA.- Vete a saber. ¡A su edad!...

ENRIQU.- Cierto. Todo se ve de color de rosa. Pero,

MARÍA LUISA.- a pesar de verlo tan bonito, más de una vez las mismas ilusiones se estrujan y

ISABEL.- te envuelven como una hoja... y te arras-

ENRIQU.- tran hacia acá o allá. Debemos velar porque esta chica sea muy feliz. (Pausa)

Y a Isabel, ¿la has visto?

ABUELA.- No. (Otra pausa. De nuevo Enrique pasea la vista por la estancia.)

ENRIQU.- ¿Ves? El viejo reloj de pesas sí que lo echo de menos.

ABUELA.- ¿Sí? (Le acaricia las manos)

ENRIQU.- Sí. ¿Te acuerdas, Abuela, del son reposado de sus campanadas?

ABUELA.- Sí...

ENRIQU.- (Riendo) ¡Oh!... Claro que te acuerdas... ¡Si no hace más que seis meses justos!

ENRIQU.- ¡Virgen mía! ¿Qué hora será?

MARIA LUISA.- (Volviendo) Las seis y media, señor Enrique.

ENRIQU.- Gracias. (Pone en hora su reloj) Esta María Luisa jamás me dice "tío". Siempre

ABUELA.- ¿Señor Enrique". ¿No será por demasiado respeto, verdad?

Mª LUI.- No... no...

(Por el mirador llega ISABEL)

ISABEL.- No sé como os gusta estar a oscuras.

ENRIQU.- ¡Oh, mi reina! No nos gusta mucho, pero...

ABUELA.- No. Pero (Enciende la luz que hay frente a la sala de la derecha.)

Mª LUI.- ¡Mira si es fácil! ¿Tienes frío?

ISABEL.- No. (Estornuda)

ENRIQU.- Te has constipado. No sé por qué saliste esta tarde, con el tiempo que hace...

(Le acaricia las manos)

¡Qué manos más frías tienes! Entre las mías se te calentarán, ¿no?

(Con el aliento le da calor en ellas. Isabel le mira de pie en el centro de la escena, con la mano en la cadera de la derecha.)

ISABEL.- Me voy al cuarto.

ENRIQU.- Y yo contigo.

(Le pasa una mano por la cintura)

Siempre te he tenido junto a mí. Todos los días, al ponerse el sol, escuchaba tu voz, que me decía: "Que descanses, Enrique"

(Se van por la sala de la derecha)

Ma LUI.- ¡Todavía no ha advertido nada!

ABUELA.- ¡Todavía no!

(Toda la escena siguiente se desenvuelve en voz baja, como si la angustia ahogase las palabras.)

Pero el heredu no es el mismo de antes.

También quiere engañarse a sí mismo.

Ma LUI.- ¿Ha dicho algo?

ABUELA.- No. Pero esta casa...

Ma LUI.- No le gusta. ¿Verdad que no le gusta?

ABUELA.- ¡No! La mira y respira. Se encuentra en ella como forastero. Comprende, sin saberse lo explicar, que hay algo que angustia su corazón: algo que vuela como un pájaro de mal agüero. ¿No has oído el eco de sus palabras? Resuenan como en una casa vacía.

(María Luisa permanece de pie en el centro de la escena, con la mirada fija en la sala de la derecha. Murmura más que dice:

Ma LUI.- ¡Y cómo quiere a esa mujer!

visto de (La Abuela la mira y la compren-
(de.

JULITA.- ¡Si no fuese...!

MERCE.- Es mejor que está lejos.
(Advierte que la Abuela la mira,

JULITA.- Le dará (y calle avergonzada.

ABUELA.- Nena... (Con pausa)

MARCEL.- (Llorando) Es tan bueno el señor Enrique...

JULITA.- ¡Tan bueno!... Y yo quisiera que fuese fe-

MERCE.- liz. Tanto lo quisiera que lo daría todo...

JULITA.- ¡todo! ¡Pobre de mí! Querría ser para él

ABUELA.- solo una figurilla insignificante... sin
ninguna importancia. Querría ser una som-
bravque, sin el menor ruido surgiese a su
lado, para, al menos, enjugarle las lágrí-
mas. (La Abuela, conmovida, le besa en

(la frente. Vuélven, por el mira-
(dor de la derecha, las HERMANAS.

ABUELA.- ¿Colgásteis los cuadros que os dije?

MERCEDES.- Sí, señora. Todos.

JULITA.- Todos. (Por el mirador aparece el CHOFER.

MERCE.- Nuestro hermano, ¿dónde está?

CHOFER.- ¿Para esta tarde?

ABUELA.- En su cuarto; con ella.

MARCEL.- Sí, para ahora; para esta misma tarde.

JULITA.- Siempre estamos con el alma en vilo.

CHOFER.- Bien, señora.
MERCE.- ¿No sabe nada todavía?

ABUELA.- Nada. Y el otro, ¿adónde está? No le he

ISABEL.- visto desde que él volvió.

JULITA.- Yo tampoco.

MERCE.- Es mejor que esté lejos.

JULITA.- Le dará vergüenza.

M^{ra} LUI.- ¿Ahora? (Una pausa)

ABUELA.- ¿Os han cabido todos?

JULITA.- Todos. y así que volverías. ¿Por qué te

MERCE.- Sí, señora.

JULITA.- Venga a verlos.

ABUELA.- ¡Acompáñame, María Luisa.

(Las cuatro se van por el corredor. Reaparece ISABEL, arreglándose el pelo; nerviosa, arrebolada... Se advierte en ella que ha pasado por momentos desagradables. Se oculta la cara entre las manos, y así da unos pasos por la escena.)

ISABEL.- Soy mala; soy perversa, lo sé. Soy mala y no querría serlo.

(Por el Mirador aparece el CHOFER.)

Oye, Cipriano. Prepara el auto.

CHOFER.- ¿Para esta tarde?

ISABEL.- Sí; para ahora; para esta misma tarde.

CHOFER.- Bien, señora.

ISABEL.- (Hace mutis por donde vino. Se oyen truenos lejanos.)

ISABEL.- Esto faltaba para mis nervios.... Pues...

ENRIQUE.- (Dentro) ¡Isabel! ¿Dónde estás? el tiempo se va... (Ella no responde)

Me has dejado solo. ¿Dónde estás? con esas preguntas... (Aparece)

ISABEL.- Isabel... Me has dicho que salías al corredor y creí que volverías. ¿Por qué te

fuieste? Perdona... He estado seis meses solo; compréndelo. Y ahora querría ligarse ese tiempo contigo... para que tú y el

tiempo fuérais una misma cosa y no me huýeis.

ISABEL.- Yo, todavía... Pero el tiempo, no podrás contenerlo: va por su camino. Y, si no te afanas para vivirlo, para captarlo, ¡ya estás listo!

ENRIQUE.- ¡Eso! ¡Eso! ¡Vivirlo! Me atrevo con el tiempo porque vivo! ¿Y sabes por qué vivo, reina mía? Porque te tengo a mi lado.

ISABEL.- ¿Y si no me tuvieras?

ENRIQUE.- (Sorprendido) ¿Cómo? ¿Si no te tuviera?...

ISABEL.- (Segura de sí misma) Es un decir. Contesta. ¿Y si no me tuvieras?

ENRIQ.- (Confuso) Entonces... entonces... Pues...

Entonces no podría vivir, porque el tiempo me arrastraría como a una hoja.

(Reaccionando) Pero, ¡qué cosas tan raras preguntas!

ISABEL.- No me hagas caso. Me hacía gracia saber

cómo pensabas.

ENRIQ.- (Otro trueno. El viento y la lluvia baten las vidrieras del mirador.)

¡Qué tiempo! (Breve pausa)

ENRIQ.- Mira, Isabel. Yo no me he portado bien contigo.

Sé que te chifla viajar y te he tenido

siempre recluida entre estas cuatro

paredes. Pero, ahora, ¡ya verás! ¡Viajaremos!

Sí, sí; viajaremos juntos. ¿No lo

íbamos a hacer cuando nos casamos? Pues

lo haremos ahora. Viajaremos como dos no-

JULITA.- vios, porque cuando dos esposos se quieren

de verdad, son siempre novios. Y lo son

porque tienen las mismas ilusiones de en-

tonces. (Al advertir que se va)

(La abraza. El viento azota al mirador. Ella da un grito de susto.)

JULITA.- No, no... Pero no querría distraerlos.

ENRIQU.- ¡Qué furia de viento!

ISABEL.- Estas la (Cierra los cristales) bien-

El hombre es egoísta, vida mía. Y yo no

ENRIQU.- lo querría ser, te lo aseguro. Pero la fe-

JULITA.- licidad puede a veces más que el buen sen-

tido. Dice que las ha dejado por aquí. ¿

ISABEL.- ¿Egoísta? Todos lo somos; poco o mucho.

ENRIQU.- Verás por qué lo digo. Cuando fuera hace

ENRIQU.- mal tiempo, uno se encuentra también me-

tidito en casa... al lado de la mujer que

quiere... No piensa en que hay pobres que

JULITA.- no tienen ni un mal refugio. varios cuadros

ISABEL.- ¡Bah! ¡qué cosas! Cuando hace mal tiempo,

ENRIQU.- los nervios se apoderan de mí... y no

JULITA.- pienso nada... nada... tina, que no han co-

bido to (Por el corredor de la derecha

(llega JULITA. Al ver juntos, a

ISABEL.- Para los (marido y mujer, intenta volverse.)

JULITA.- Perdón. Creí que no había nadie.

ENRIQU.- ¡Qué le vamos a hacer! (Ríen) recuerdos y...

Estamos nosotros. ESPES. No se suève del

(umbral de la puerta.

(Al advertir que se va)

ENRIQU.- Julita... ¿no las encuentras?

JULITA.- ¡Pero, hija!... ¿Y por eso te vas?

JULITA.- Sí, Mercedes. Ya las tengo.

JULITA.- No, no... Pero no querría distraeros.

ENRIQU.- ¿A nosotros?

ISABEL.- Estas hermanitas tuyas han sido siem-

JULITA.- Ya voy, Mercedes.
pre un poco raras.

ENRIQU.- Pero, vendrías a hacer algo...

JULITA.- Sí. Venía a buscar las gafas de la Abue-

ISABEL.- la. Dice que las ha dejado por aquí. ¿

ENRIQU.- ver?... (Encontrándolas en la butaca)

¡Miral! Aquí están.

ENRIQU.- ¡Qué extraño que vengas sola! Porque no

ENRIQU.- os dejáis ni a sol ni a sombra. ¿Dónde...

está Mercedes? ... más de otra manera...

JULITA.- Con la Abuela. Hemos colgado varios cuadros
en nuestra alcoba.

ENRIQU.- ¿Qué cuadros?

JULITA.- Los de esta sala. ¡Lástima, que no han ca-
bido todos!

ISABEL.- Para los demás, ya buscaremos sitio. ¡Pues
no es grande la casa!...

JULITA.- ¡Oh! Es que esos cuadros son recuerdos y...

(Sale MERCEDES. No se mueve del
umbral de la puerta.)

MERCEDES.- Julita... ¿No las encuentras?

JULITA.- Sí, Mercedes. Ya las tengo.

ENRIQU.- Pero me parece que se...

MERCE.- La Abuela las pide.

JULITA.- Ya voy, Mercedes.

ISABEL.- Por para ellas.

(Se va. Enrique queda extrañado (por la frialdad de sus hermanas. Permanece en pie en medio de la escena. Y ella le pregunta:

ISABEL.- ¿En qué piensas?

ENRIQU.- Pasa, la verdad... ¿y no te ofendes?

ENRIQU.- No sé... No sé... ¡Pero la gente de casa cree porque a mí también me pasa algo pero es como antes!

ISABEL.- ¿Qué quieres decir?

ENRIQU.- Estas hermanas mías eran más dulces, más...

¿cómo te diría yo?... más de otra manera...

ISABEL.- Sí; ya lo sé... Los cuadros de tus abue-

las, el piano viejo y...

¡Más nuestras!

ISABEL.- No lo veo. ¿Buenas dentro siete cuapnadas

ENRIQU.- Yo, sí. Hasta parece que evitan encon-

trarme. (Prestado oído)

ISABEL.- ¡Imaginaciones tuyas! Yo las encuentro

igual. Un poco más calladas; eso sí. Pe-

ro un "sí es, no es" lo han sido siempre.

ISABEL.- En el (Breve pausa)

ENRIQU.- Quizás sea preocupación mía; pero...

ISABEL.- ¿Qué? Pero alguien le habrá dado cuerda...

ENRIQU.- Pero me parece que se sienten forasteras...

en la casa. Mis hermanas no han estado acostumbradas a este ambiente.

ISABEL.- Peor para ellas.

ISABEL.- (Otro trueno. Cada vez que la tormenta suena, Isabel se estremece.)

ENRIQU.- ¡Y por qué crees que es eso?

ENRIQU.- Pues, la verdad... ¡y no te ofendas! Lo

creo porque a mí también me pasa algo parecido. Echo de menos todo eso que era tan mío. Hasta ahora no quise decírtelo; pero ya que la conversación...

ISABEL.- Sí; ya lo sé... Los cuadros de tus abue-

ISABEL.- los, el piano viejo y...

(Suenan dentro siete campanadas

ENRIQU.- ¡Claro! (del reloj de pesas.)

ENRIQU.- Y el reloj... el viejo reloj de pesas...

ISABEL.- (Prestando oído) ¿Qué?

ENRIQU.- ¿Oyes? Sí... Echo de menos su voz. Parece que la casa se recoge para escucharlo.

¿Dónde lo has puesto?

ISABEL.- En el corredor.

ENRIQU.- No lo sabía.

ISABEL.- ¡Claro! Pero alguien le habrá dado cuerda...

ENRIQU.- ¡Y ha hecho muy bien! Me gusta. Es la evo-

cación del hogar.

ENRIQU.- (Después) (Un nuevo trueno. Isabel dice rápidamente:

ISABEL.- Veo que tendrán que volver los muebles antiguos.

ENRIQU.- No... no...

ISABEL.- Me he equivocado.

ENRIQU.- No... no... Si este es tu gusto, a mí me parece bien. Ya se acostumbrarán ellas, como me acostumbraré yo.

(Otro trueno más fuerte que los anteriores.)

ISABEL.- ¿Te acostumbrarás? ¿Es decir: que tendrás que acostumbrarte?

ENRIQU.- ¡Claro! Todo el mundo, en un ambiente que no es el suyo, ha de...

ISABEL.- ¿Y tú dices que no eres egoísta?...

ENRIQU.- Sí que lo he dicho. Pero, no comprendo por qué...

(Los truenos van sucediéndose con frecuencia; por lo tanto, ambos esposos tienen que alzar la voz. El nerviosismo de Isabel se acentúa más cada vez.)

ISABEL.- No comprendes, no comprendes... ¡Oh! Si tú no hubieses vivido solamente tu vida,

comprenderías un poco la de los demás.

ENRIQU.- (Desorientado) No sé por qué dices eso.

ISABEL.- Yo también amo tu vida. Quiero lo que tú
quieres. ¿No te he dicho que viajaremos?

ISABEL.- ¿Y después?

(Un trueno fuerte que hace retem-
blar la casa no deja oír esta
última frase de Isabel. Ella, a sus-
tada, se lleva las manos a la ca-
beza.)

ENRIQU.- ¿Qué dices? Esta tormenta...

ENRIQU.- (Isabel tiene ya los nervios des-
trozados.)

ISABEL.- He dicho que... "¿y después?"

ENRIQU.- ¿Después? ¡Oh!... Después... no sé...

ISABEL.- Pues yo sí que lo sé. Después nos veremos
arrastrados por el tiempo... como decías...
como una hoja. Después no haremos sino ~~amot.~~

ENRIQU.- ~~amot.~~ Estonar años y más años... Y, después,
¡ya nada más! ¡Ya nada más!

(Pasea por la estancia. Sus pala-
bras son más bien chillidos.)

¡Nada más! ¡Ya nada más!.

(Cae en una silla. Todavía bal-
bucea a flor de labios las mis-
mas palabras. Enrique la mira sin
salir de su asombro: le parece
que no la conoce. Y hace un es-

ISABEL.- (fuerzo para razonar. todavía...)

ENRIQU.- ¿Y eso es todo lo que esperas a mi lado?

ISABEL.- ¡Nada más!... ¡Nada más!

ENRIQU.- ¡Mujer!... ¿Ni al hijo esperas?

ISABEL.- ¡Ni al hijo!

(La cara del esposo se transfigura por el dolor del desengaño. El hombre que siempre esperaba el fruto de su matrimonio queda confuso; terriblemente perplejo. Mira fijamente a su mujer y le pregunta:

ENRIQU.- ¿Tú sabes lo que dices?

ISABEL.- (Con firmeza) ¡Sí! (Levantándose) ¡Sí que lo sé! El hijo te roba los mejores años de la juventud... y yo soy avara de los míos. (Abriendo los brazos)

¡Quisiere ser siempre joven!

ENRIQU.- (No tiene fuerza para responder. La voz se le quiebra en la garganta.)

¡Tú también! ¡Tú también!

(Se deja caer en la butaca de la izquierda.)

¡Tampoco te reconozco!

(Silencio. Isabel comprende que ha ido más lejos de lo que prefería. Hace un esfuerzo para serena y se aproxima a su marido.)

ISABEL.- Comprende, Enrique. Soy joven todavía...
y siempre me espantó la vejez.

ENRIQU.- ¡La vejez! ¡Y que importa? Si la vejez...
ha de venir por fuerza, aceptarla.

(Otro trueno)

ISABEL.- No hablemos más de esto. Los nervios están
como el tiempo... Déjame.

(Da un suspiro profundo)

Mañana... la luz del sol nos hará ver las
cosas de otro modo. Ahora, nos destroza-

rábamos el corazón para siempre. ¡Y éso yo
no lo quiero!

ENRIQU.- (Con lágrimas en la voz)

¡viva!

Te lo ruego: déjame.

(Ella se encoge de hombros y ha-
ce mutis por la sala de la derecha)

(Enrique inclina la cabeza sobre

pero ¡oh! (las manos y murmura:)

"El cielo es la inmensidad y yo soy un

pájaro que vuela", decía el vagabundo.

¡Y era feliz en su soledad!

Así. Cuando la tempestad ha amainado, el "The-

reu" se levanta y pasea lentamente
están de (te. ardo: cuando el uno te abate,

He de ahogar el dolor. Que no trascienda.

(Concentrado) ¡Y yo que quería comunicar
mi felicidad a todo el mundo!

(Con un gran esfuerzo)

No... ¡no puedo! No debo encadenarla.

(Ahogando un sollozo)

RAFAEL.- ¡Isabel! ¡Isabel! que nadie pueda curar.

ENRIQU.- ¡Bah! (Queda abatido, como un cuerpo
(sin alma. Pausa. Se produce fue-

RAFAEL.- ¡Nadie! (entra RAFAEL con los ojos desme-

ENRIQU.- Yo siempre (suredamente abiertos. Al ver a
RAFAEL.- No todos (Enrique, recibe una fuerte impre-
(fin, se decide.

RAFAEL.- Enrique. (Cabeza y suspira. Enrique le mi-
(ra extrañado.

ENRIQU.- (Como despertando) ¡Oh, tñ! Creí que no
Te has mojado. Ven, acércate al
fuego.

Irms

(El médico tiene un escalofrío)

Pero ¡si estás temblando! Quitate eso...

ENRIQU.- (ha quedado pensativo. Se levanta)

que lo traes que chorrea.

(Rafael obedece. Enrique le acom-
un esclavo hasta cerca de la chimenea.
(Ambos se sientan.

tro... Y esta incertidumbre...

Así. Como ves, el fuego y el agua nunca
(Con la mirada perdida)

están de acuerdo: cuando el uno te abate,
el otro te hace reaccionar. La vida es lo
con cerca de si fueren felices!... Y hoy.

mismo. ¿No te parece? ¿Que una persona te hiere? Otra te cura. Dios lo ha previsto todo. ¡Ay, si no fuera así!

(El Doctor le ha oído con la cabeza entre las manos.)

RAFAEL.- Pero hay llagas que nadie puede curar.

ENRIQU.- ¡Bah! Eso te figuras.

RAFAEL.- ¡Nadie!

ENRIQU.- Yo siempre tengo esperanza.

RAFAEL.- No todos los hombres son iguales.

(Breve pausa. Rafael levanta la cabeza y suspira. Enrique le mira extrañado.)

A ti también puede esclavizarte la vida.

Y, entonces, aquello que llevas aferrado

al corazón y que más quieres, queda enterrado... ahogado dentro de ti para siempre.

ENRIQU.- (Ha quedado pensativo. Se levanta)

RAFAEL.- Puede que tengas razón. Sí... Ahora soy un esclavo... porque busco lo que no encuentro... Y esta incertidumbre...

(Con la mirada perdida)

¡Yo, que quería que todos los que viviesen cerca de mí fuesen felices!... Y hoy

no lo soy yo?... porque la persona a quien más quiero tampoco lo es.

RAFAEL.- (Rápido) ¡Isabel! el rincón dorado de mi vida

ENRIQU.- Sí. Ella... Mi mujer ya no es nada de este hogar, tiene sus amigos... allá abajo

RAFAEL.- ¡Tu mujer! Es un pájaro que encuentra la jaula demasiado estrecha, para ella es un

ENRIQU.- ¿Qué? ¿También tú lo has comprendido, una la desgracia (Rafael calla.) tiene a su lado;

Habla... Dime... Tú, que mientras que tú he estado fuera, has sido el otro yo en

esta casa, ¿qué has visto, qué has descu-

bierto en mi mujer? ¿Crees que hice mal casándome con ella?

ENRIQU.- Vao que le conozco mejor que yo.

RAFAEL.- No lo sé... Pero Isabel no es mujer pa-

ra estar casada con nadie.

ENRIQU.- (Sabiendo) ¿Sacrificio? ¿Por qué sacri-

ENRIQU.- ¿Qué dices?

RAFAEL.- (Habla con violencia, como si se desahogara. Hizo un grito.)

No piensa más que en ella misma. Y aquí,

en tu misma casa, es como una intrusa,

como una exilada. No ha parado mientes

RAFAEL.- Haye porque tiene la perversidad en la

en que las personas que la rodean son de

médica de los buenos.

carne y hueso, con corazón y voluntad. Sus anhelos, sus afanes son para los de allá abajo, para el rincón dorado de su adolescencia. Allá abajo tiene sus amistades... Allá abajo tiene sus amigos... Allá abajo ha encontrado todo lo que no ha querido hallar aquí arriba. Esto para ella es un entreacto. Y encoge los hombros si causa la desgracia de los que tiene a su lado; ¡y no le conmueven ni su dolor ni sus lágrimas! ¡Esa es tu mujer!

(Enrique le ha oído atónito, jadeante. La vehemencia del médico le hace adivinar algo. Procura, sin embargo, dominarse.)

ENRIQU.- Veo que la conoces mejor que yo.

RAFAEL.- De Isabel no esperes el sacrificio.

ENRIQU.- (Estallando) ¿Sacrificio? ¿Por qué sacrificio, si antes ha habido un juramento?

¡Se oye un auto que arranca. El médico lanza un grito.

RAFAEL.- ¿El juramento? ¡Ese es su juramento!

ENRIQU.- ¿Eh?... ¿Ella?... ¿Ella?

RAFAEL.- Huye porque tiene la perversidad en la médula de los huesos.

de las nubes (Ha subido Enrique hacia el mirador. Mira hacia fuera. Luego, se todo, ha dirigido al médico y le pregunta (con las manos crispadas: que fuesen felices, no habría torturado, -
¿Tú lo sabías?

RAFAEL.- Sí... Sabía que tenía que huir de tu lado... Y este pensamiento no me dejaba vivir. Tu imagen, de hombre noble y honrado, la tenía siempre viva ante mí. Y, precisamente por eso... rovechado de mi

ENRIQU.- ¿Por eso has venido? ... para que cris-

RAFAEL.- Sí. He venido para decírtelo todo. Para confesarme. Para pedirte que me pisotees, ¡que me castigues!... ¡Me lo merezco! Ella me atrajo... Le aburría la casa y buscaba un calor... un algo que la hiciese recordar lo que no tenía... Y yo... cuenta que yo te ha (Se le quiebra la voz. El hereu (ha quedado como clavado en medio (de la escena. Es tan horroroso lo (que ha oído, que no acierta sino (a balbucir estas palabras:

ENRIQU.- Tú... ¿Tú?... ¡Mi amigo del alma!...

MERCEDES.- Hermano (Rafael le contesta cayendo a (sus pies, llorando como un niño.

RAFAEL.- Sí... ¡Tu amigo del alma! ¡que corre a soc-

ENRIQU.- ¡Pobre visionario que caminaba por encima

de las nubes! Y yo, que os había dado todo, hasta la propia sangre; ¡que, porque fuéseis felices, me habría torturado, - ¡habría ahogado mi corazón! - si de corazón me lo hubiéseis pedido!

(Sujetándole por las solapas)

Y me habéis engañado... Y, lo que es más monstruoso: os habéis aprovechado de mi ausencia, de mi prisión, para que cristalizase vuestra infamia. ¡Habéis manchado, escarnecido, este hogar, en el que yo anhelaba que sólo anidasen la amistad y el amor...! Y tú eres más miserable todavía: porque te has dejado arrastrar por una falsa pasión, sin tener en cuenta que yo te hablaba con los brazos abiertos. ¡Mereces la muerte! ¡La muerte!... ¡La muerte!

(Aparece MERCEDES: temblorosa, azorada.)

MERCEDES. - Hermano... ¿Qué haces, hermano?

(Se tambalea. Enrique corre a sostenerla.)

ENRIQU.- ¡Mercedes!

MERCE.- Hermano...

(Rompe en un llanto convulsi-

(vo, apretando la mano del he-

(reu contra su corazón. Hay un

(silencio. Sólo se oyen los so-

(llozos de Mercedes. Vencido,

(clama Enrique:

ENRIQU.- Vete... Yo me debo a ellas... a todo es-

to que es un pedazo de mi alma. Como lo

érais vosotros... ¡Esto que es sano, que

es puro!... ¡Vete! ¡Vete con ella!

(Aparece DON MAGIN por el fondo.

(Rafael se levanta penosamente;

(coge la gabardina, casi no puede

(andar. Don Magin le dice:

MAGIN.- No se puede vivir apoderándose de la vi-

da de los demás. Hay que dar algo de la

nuestra. ¡Recuérdelo!

(El médico se va. Don Magin mur-

(mura entonces para sí:

Ha triunfado el buen sentido: ¡este sen-

tido tan nuestro! Mi madre siempre decía

que el buen sentido era el mejor hereu en

una casa.

(Enrique, que ha permanecido al

(lado de su hermana, se aparta

(ahora de ella y pregunta al bo-

ncario:

ENRIQU.- Lo sabían, Don Magín; lo sabían, y han
callado?

(Don Magín dice que sí con la ca-
beza. Salen LA ABUELA y JULITA.)

ABUELA.- Sí, Enrique. Hemos callado.

ENRIQU.- ¡Abuela! (La abraza)

MAGIN.- ¡Ellas sí que te han dado siempre un ¹⁷⁰⁰ ~~pequeo~~
de su vida! Ahora, solamente

ABUELA.- El hogar no se deshizo, Enrique. Y en el
hogar encontrarás el consuelo que necesi-
tas.

JULITA.- Con nuestro silencio te enjugaremos las
lágrimas.

MERCE.- Sí, hermano. Te enjugaremos las lágrimas.

ENRIQU.- ¡Con vuestro silencio!

ABUELA.- Nunca te hablaremos del pasado. Nada te
lo recordará. Y abriremos las ventanas
de par en par como mi Felipe Sureda inol-
vidable; de par en par, como él quería
ver abierto el corazón de los hombres.
De nuevo nos acoge el hogar; de nuevo ve-
remos aquí al viejo reloj, el piano, los
retratos... Todo esto, que era tan nues-

tro. Mira: cada una, en su quehacer.

(Julita, en efecto, silencio-
(samenta, borda. Mercedes lee.
(Las dos, sin embargo, ahogan su
(dolor.

MAGIN.- Y aquí la mesa, para la partidita, como
todos los domingos.

(Enrique le mira)

Sí, ya lo sé. Ahora, solamente seremos
tres.

(Enrique se sienta en la butaca;
(la Abuela, en una silla. Don Ma-
(gín, cerca del fuego. Dentro, el
(viejo reloj de pesas da ocho cam-
(panadas. Sale MARIA LUISA.

MARIA LUISA.- Señor Enrique... Señor Enrique...

(Enrique levanta la cabeza)

Las zapatillas, como todas las tardes.

(El la mira y sonríe entre lágri-
(mas. Se oye la última campanada
(del reloj.

T E L O N

CARMEN MORENO
COPIAS TEATRALES
MURCIA, 26 Teléf. 77488
MADRID

